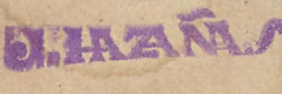
LOS CELOS,

COMEDIA EN TRES ACTOS

ACOMODADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

D. ISIDORO GIL.





MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

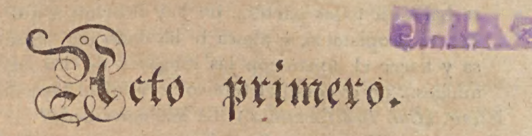
1842.

PERSONAS.

DON FERNANDO DE AGUILAR.
ELISA, *su muger.*
DON FEDERICO MENDOZA.
DON GABRIEL DE ARRAYAN.
LEOPOLDO.
MATILDE, *esposa de Federico.*
JACINTA, *doncella de Elisa.*
UN CRIADO DE DON FERNANDO.

La escena es en Madrid. El primero y tercer acto en casa de Aguilar; el segundo en la de Mendoza.





El teatro representa un gabinete elegante, dispuesto para noche de funcion, y contiguo á la sala principal, á la cual corresponden las salidas del foro. Puertas laterales á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DON FERNANDO. ELISA.

(*Al levantarse el telon, Elisa estará de pie acabando de arreglar su peinado delante de un psiché. Don Fernando sale por la izquierda recorriendo con la vista varias esquelas.*)

Fernando. Otro que tampoco vendrá.

Elisa. Quién?

Fernando. Uno de mis compañeros. El elegante agente de bolsa don Javier de Bustos... Habrá gran funcion en el Liceo...

Elisa. Y baile ademas en casa de la marquesa del Girasol... te lo dije... hoy era muy mal dia: cuando se tiene intencion de dar baile, es preciso buscar una noche en que no se reciba en las principales tertulias de Madrid, ni haya Liceo, ni reunion filarmónica que llame la atencion; mucho mas viviendo como nosotros vivimos á lo último de la calle de Hortaleza.

Fernando. (*Revisando las esquelas.*) Oh! pierde cuidado, no nos faltarán elegantes ni bellas..., don Gabriel del Arrayan, Leopoldo...

Elisa. (*De pronto.*) Ah! vendrá!

Fernando. Quién? Leopoldo!

Elisa. (*Reprimiéndose.*) No... no... creí que hablabas de don Gabriel.

Fernando. Oh! El bueno de Arrayan no dejará de venir... se halla en todas partes... no hay funcion á que no asista... es propietario, y ahora le ha dado por jugar á la bolsa y hacer el tonto con las mugeres de los agentes sus amigos... no es como el tétrico y juicioso Leopoldo.

Elisa. (*Con indiferencia.*) Le has convidado?

Fernando. Sí; aprecio á ese jóven... es un muchacho muy fino, y que no creo feliz... Ademas no debo olvidar nunca que nuestro íntimo amigo, el honrado don Vicente del Pino, me le recomendó antes de morir.

Elisa. (*Conmovida.*) Ah! aquel escelente abogado... era su protector.

Fernando. Como que llegué á sospechar algunas veces si sería su padre.

Elisa. (*De pronto.*) Oh! no. (*Reprimiéndose.*) Bien que nadie conoce la familia de ese jóven.

Fernando. Yo lo creo... si no la tiene... Pero sea como quiera, es lo cierto que me le han recomendado, y él se hace acreedor á la amistad de cualquiera por su talento y finura. Ademas baila, y esto, hija mia, es una cualidad apreciabilísima para nosotros, que recibimos gente esta noche, ahora que nuestros elegantes han declarado la guerra al baile.

Elisa. Sí, dentro de poco habrá que ajustar bailarines al mismo tiempo que la música. — Eh! dime ahora qué tal estoy.

Fernando. (*Besándola la mano.*) Seductora...! Ese adorno es de un gusto esquisito, y el vestido sumamente elegante.

Elisa. No dirás esta vez que he tardado en aviarme.

Fernando. (*Mirando á su reloj.*) Oh! no. — Dos horas y media, no es mucho.

Elisa. Dios mio! Cerca de las nueve; pues ya no tardarán en ir llegando. (*Un criado sale á entregar una esquela á don Fernando, y vase.*)

Fernando. (*Abriendo la esquela.*) Aun es temprano. Vaya una esquela singular. (*Leyendo.*) "Tengo el disgusto de no poder disfrutar de su amable sociedad, por hallarme bastante indispuesta. Mi marido se empe-

ñará tal vez en no separarse de mi lado, y por lo tanto pido á usted nos disimule, contando siempre con la sincera amistad de su afectísima &c. = *Matilde Alvarado de Mendoza.*

Elisa. Matilde no querer venir! Qué raro capricho!

Fernando. No, no es capricho.

Elisa. Pues qué es entonces?

Fernando. Una enfermedad terrible que la mina el alma; ténla lástima, y no dudes que si su marido viene, la veremos aqui.

Gabriel. (*Fuera riendo.*) Ja! ja! ja! Venga usted, venga usted.

Elisa. Oyes? ya hay gente en el salon.

Un criado anunciando. Don Gabriel del Arrayan, el señorito Leopoldo.

ESCENA II.

DICHOS. GABRIEL. LEOPOLDO.

Gabriel. (*En trage de baile, bigote.*) Ah! ah! es cosa chistosísima... Señora, beso á usted los pies. (*Subiendo otra vez hácia el foro y hablando adentro.*) Entre usted, querido.

(*Sale Leopoldo.*)

Leopoldo. Se ha lastimado usted?

Gabriel. No, no he hecho mas que medir el suelo con las costillas. (*Elisa y Fernando se echan á reir.*) (*Aparte.*) Se me han saltado los tirantes. (*Elisa y Leopoldo vuelven á reirse. Don Fernando no puede contenerse al verlos y se rie tambien. Gabriel los mira muy serio.*) Pues señor, muy bien; doy á ustedes gracias por el interes que se toman por mí.

Elisa. Perdone usted... como no se ha hecho usted mal.

Fernando. Y cómo diablos le ha pasado á usted eso, amigo don Gabriel?

Leopoldo. Se puso á bailar la mazzurca en la antesala, y... (*Échanse todos á reir de nuevo.*)

Gabriel. (*Soltando el trapo tambien.*) Ja! ja! ja! en verdad que el lance provoca á risa. Figúrense ustedes que entro en el recibimiento, donde no habia nadie todavía, y al paso que echo una ojeada á un espejo para ver si se habia descompuesto el lazo de mi corbata, me pon-

go á tararear una mazzurca con aquella ligereza que me es característica, hago el paso al compas de la música, enrédanseme los pies... y vengo á dar con la nuca contra el suelo.

Leopoldo. Yo tuve la dicha de entrar á tiempo de darle la mano.

Elisa. Y no ha tomado usted algo?

Gabriel. Sí señora, he tomado... la mano del señor. (*Risa general.*) Eso es, ríanse ustedes, porque es una gracia. (*Aparte.*) Si se me habrá desgarrado el pantalon.

Un criado. (*Anunciando.*) El marques del Roble, don César Comares, don Federico Mendoza y su señora.

Gabriel. Ah! la sin par Matilde.

Elisa. Matilde! pues no decia en su esquela...?

Fernando. Ya te advertí que no faltaria si venia su marido. Pasemos á la sala á recibir á esos señores, querida Elisa.

Elisa. (*A Gabriel.*) Señor don Gabriel, le recómiendo á usted á Leopoldo, porque es muy jóven y conoce poca gente.

Gabriel. Descuide usted, señora.

Fernando. Si usted se resiente de la caidá, puede pedir lo que guste. (*Con tono burlon.*)

Gabriel. Gracias, gracias, amigo mio; en el salon nos veremos.

Elisa. Hasta despues. (*Vase Fernando dando la mano á Elisa.*)

ESCENA III.

GABRIEL. LEOPOLDO.

Gabriel. (*Mirándolos alejar.*) Gracias... pero señor, qué será que un hombre que se cae siempre ha de causar risa. (*Viendo pasar á un mozo por el foro.*) Ah! muchacho, venga un helado á ver si se me pasa el susto. (*Toma un helado.*) Soy hombre que se muere por los helados... el otro dia tomé veinte en casa de la marquesa del Páramo.

Leopoldo. Jesucristo!

Gabriel. Es un escelente tónico... Ah! ahora que me acuerdo, amiguito, cuidado con decir una palabra sobre mi

costalada á las señoras del baile; se me reirian en las barbas.

Leopoldo. Pierda usted cuidado... ademas, á quién diablos se lo habia yo de contar?

Gabriel. Es verdad, usted conoce poca gente, segun ha dicho la esposa de don Fernando, que le mira á usted, á lo que veo, con sumo interes.

Leopoldo. En efecto, esa señora me trata con una bondad... á la que le estoy tanto mas agradecido, cuanto que frecuento pocas tertulias y vivo muy retirado.

Gabriel. Es decir que tiene usted pocas relaciones en la corte...? No es usted de la corte, caballerito?

Leopoldo. Yo... (*Algo cortado.*) No me es posible contestar á usted á esa pregunta.

Gabriel. Ah! — Y la familia de usted dónde para?

Leopoldo. No sé, caballero. (*Con impaciencia.*)

Gabriel. Va! A menos que haya tenido usted la desgracia de perder á su madre.

Leopoldo. Tampoco lo sé, señor mio. (*Idem.*)

Gabriel. Ya! (*Aparte.*) Parece que mi hombre no tiene á nadie... será hijo del acaso... (*Alto.*) Pero usted conocerá al menos á su... (*Aparte.*) Cáspita! No me atrevo á preguntarle por su padre.

Leopoldo. Qué decia usted?

Gabriel. Digo... que creo recordar... Sí... sí, no me engaño: yo he visto á usted verias veces con un caballero anciano el invierno pasado.

Leopoldo. Sí, don Vicente del Pino, abogado de mucho crédito, á quien fuí confiado desde niño, y el cual he tenido la desgracia de perder hace seis meses: me encuentro solo en el mundo. (*Vuelve á pasar el criado con la bandeja. Gabriel le entrega el vaso.*)

Gabriel. Ah! ah! (*Aparte.*) No lo decia? es un Antony.

Leopoldo. Solo cuento con un corto número de amigos... y desde ahora me lisonjeo de tener uno mas.

Gabriel. (*Dándole la mano.*) Sí, por vida mia; un amigo siempre es algo cuando se cuenta con pocos, y nunca es malo tener quien le dé á uno la mano si se le va el pie, como usted ha hecho esta noche conmigo... Por cierto que nuestra amistad ha empezado de un modo muy original.

Leopoldo. Y chistoso al propio tiempo.

Gabriel. Mejor; asi nos encontramos de buen humor para

entrar en el baile: yo me siento en disposicion de bailar, de valsar, de galopar... oh! me muero por la galop, amigo mio: es tan delicioso tener á una hermosa entre los brazos, llevarla de derecha á izquierda, de izquierda á derecha, estrechando suavemente su esbelto talle y su mano de malfil en las barbas del marido que está dado á todos los diablos... Vamos, es muy poético, muy romántico, como ahora se dice á todo.

Leopoldo. Veo que es usted aficionado al baile.

Gabriel. Y al bello sexo, amigo; pero puedo asegurar á usted, sin vanidad, que no me falta fortuna... yo no sé cómo me las compongo, siempre he de tener tres ó cuatro al retortero... Oh! pero ya se ve, para eso tambien se necesita formarse cierta reputacion... tener cierto temple... Mire usted, yo soy un hombre terrible para los maridos: soy duelista, pendenciero, de un tiro hago trizas un muñeco de yeso á cuarenta pasos... (*Parándose y mudando de tono de repente.*) Pues con todo eso... querrá usted creer que no tengo lance en que no salga mal parado? En fin, este año llevo ya recibidos dos balazos.

Leopoldo. Es posible?

Gabriel. Sí, el uno en el sombrero, y el otro en un faldon de la levita.

Leopoldo. No puede usted quejarse. Algun sinsabor le habian de costar sus rápidas conquistas.

Gabriel. Rápidas! no tanto como á usted le parecen. Ahora, sin ir mas lejos, estoy haciendo la corte á una muger, cuyo nombre no diré, porque soy muy reservado; es una muger divina, pero mâldito si lleva trazas de hacer caso de mí.

Leopoldo. Pues debe ser de hielo esa muger!

Gabriel. Verdad?—Como digo, está casada, pero á mí eso no me importa: al contrario se me figura que es mas incitante... la desgracia... la verdadera desgracia es que la niña está enamorada de su marido como una tonta; pero es celosa, amigo mio, es celosa como una sultana, y aqui para entre nosotros, pienso sacar provecho de ese defectillo: el marido hará alguna de las suyas, ella se enfadará, yo la apaciguaré y... Soy de usted con el mayor aprecio. (*Ofreciéndole una pastilla.*) Gusta usted de una pastilla.

Leopoldo. Gracias, no estoy constipado.

Gabriel. Oh! Usted tiene trazas de un mozo fuerte y robusto... por el estilo del Antony de Dumas.

Leopoldo. (*Cogiéndole de pronto por el brazo.*) Caballero, qué ha dicho usted?

Gabriel. Nada, nada, una broma... mi intencion no ha sido ofender á usted.

Leopoldo. Lo creo... porque le costaria la vida al que lo intentase.

Gabriel. (*Aparte.*) El tal caballerito tiene el puño de hierro.

Leopoldo. Pero volviendo á sus amores de usted... Decia usted que el objeto de su pasion es...

Gabriel. No he dicho la persona... Tengo la suficiente reserva para no comprometer... (*Viendo salir á Matilde.*) Ah! Ella es!

Leopoldo. Matilde! la muger de don Federico Mendoza, un fiscal de la audiencia!

Gabriel. Toma! por qué no? lo mismo que si fuese la de otro cualquiera.

ESCENA IV.

DICHOS. MATILDE.

Matilde. (*Saliendo aceleradamente por el foro y con muestras de estar muy agitada.*) Dónde estará...? dónde habrá ido...? tampoco aqui.

Gabriel. (*Saludando.*) Señora.

Matilde. (*Bajando hácia el proscenio y colocándose entre Gabriel y Leopoldo.*) Ah! Don Gabriel, mucho me alegro de ver á usted.

Gabriel. Yo soy el dichoso, señora.

Matilde. Ha visto usted por aqui á Federico, mi marido... le ando buscando.

Leopoldo. Se siente usted tal vez indispuesta?

Matilde. Si, eso es... no me siento bien... la mucha gente, el calor que hay en esa sala... Hágame usted el obsequio de ver si está por ahí mi marido, que le busquen... quiero retirarme. (*Leopoldo va á mirar por la puerta del foro.*)

Gabriel. Tan pronto! no es posible: su esposo de usted se hallará ocupado en este momento... apuesto á que aho-

ra está muy enfrascado en el baile á pesar de la poca aficion que le tiene.

Matilde. Con quién?

Gabriel. No lo sé; pero lo supongo. (*Aparte.*) Traerla el marido; no sería mala candidez.

Matilde. Suplico á usted que le avise, si sabe dónde se halla... ó no creo ya en su amistad.

Leopoldo. (*Desde el foro.*) Desde aquí le veo, está hablando con la señora de Aguilar.

Matilde. (*Dirigiéndose al foro.*) Con Elisa!

Leopoldo. Voy á decirle que usted le aguarda. (*Vase.*)

Gabriel. (*Procurando hacer desistir á Matilde.*) Pero para qué? Usted no se marchará tan pronto; no puede ser; sería una incongruencia.

Matilde. Se ha dado prisa á perderse entre la confusion para que no le vea.

Gabriel. Ademas, Matildita, me debe usted un rigodon y una galop para finalizar cierta conversacion.

Matilde. (*Reparando en Federico, que se encamina hácia ella.*) Ah! él es.

ESCENA V.

MATILDE. GABRIEL. FEDERICO.

Federico. Qué es eso...? qué hay?

Gabriel. Esta señora, que quiere dejarnos ya.

Federico. Qué ocurrencia!

Matilde. Sí, Federico, sí, no me siento bien; te he andado buscando.

Federico. (*Sonriéndose.*) No se marchará.

Gabriel. Bravo!

Matilde. Sí tal.

Federico. No, querida mia, no...

Gabriel. Yo me habia ofrecido á esta señora para el primer rigodon; pero su marcha...

Federico. Acepta.

Gabriel. Bravísimo.

Matilde. Pero si...

Federico. Vas á dejarme mal...?

Gabriel. Oh! no es posible. (*Aparte.*) Él mismo me la entrega...! Estos maridos no tienen precio...! (*Alto.*)

Voy á ver lo que se baila y vuelvo en el acto. (*Vase por el foro.*)

ESCENA VI.

MATILDE. FEDERICO.

Matilde. Pero estás en tí...? yo no quiero bailar, no quiero permanecer mas tiempo aqui... Quiero marcharme del baile, me siento tocada de los nervios.

Federico. Eh, no! jamas has estado tan bella: no hace un instante aun, me hacian el elogio de tu gusto en el vestir, de la animacion de tu semblante, de la brillantez de tus ojos.

Matilde. Mis ojos! es que no veían las lágrimas que se agolparon á ellos, cuando al entrar me dejaste sola al lado de mi hermano para ir á tributar tus obsequios á no sé qué mugeres, antiguas conquistas tuyas tal vez, que te llamaron con la vista.

Federico. Ah! eso reparaste? Pues, hija mia, me haces demasiado favor, porque las señoras á quienes yo saludé al entrar, maldito si se ocupaban de mí... ténlo por seguro.

Matilde. De veras...? Y entonces qué placer encuentras en permanecer aqui en medio de este ruido, de esta confusion...? Ingrato, me contemplaba yo tan feliz con la sola idea de que no saldrias esta noche de casa, de que la pasariamos separados del bullicio de las reuniones, que habia escrito á Elisa que no vendriamos.

Federico. É hiciste mal... qué diablos, hija! quiero divertirme. Sobrado tiempo le queda á uno despues de estar mano á mano con... con el objeto amado, con su muger...! pero no por eso ha de olvidar que está en el mundo, que tiene amigos... Ademas, yo, te lo digo francamente... soy aficionado á esta animacion, á este ruido... me gusta admirar el lujo de la una, el buen gusto de la otra...

Matilde. Y la hermosura de cualquiera que no sea tu muger.

Federico. Ah! qué suposicion! estoy cierto de que tú misma te alegrarás de no haberte retirado luego que hayas bailado con nuestro amigo Arrayan el primer rigodon.

Matilde. Sí, un ente que me cansa con sus sandias y almivaradas palabras.

Federico. Es posible? Yo creía por el contrario que debia ser cosa divertida el oirle hablar de amores.

Matilde. Es decir, que te es indiferente que se acerque á hablarme bajo para hacer creer que le escucho...? que me siga á todas partes, que me moleste con sus necios obsequios... no te se da nada de eso?

Federico. Me da risa.

Matilde. (*Con sentimiento.*) Es que tú no me amas... ni me has amado nunca.

Federico. Esto es... siempre lo mismo...! mejor sería tener celos como tú, no es esto...? No, Matilde mia, no...! ni soy celoso, ni quiero serlo... Es un defecto que yo tambien hubiera tenido quizás como otros muchos... si tú no me hubieras curado de él, gracias á Dios.

Matilde. Es decir... que porque te amo, porque sufro... porque soy desgraciada... me pongo en ridículo?

Federico. Y tanto que llegas á hacerte insoportable.

Matilde. Federico!

Federico. Si es verdad tambien...! Hace cinco horas que estoy violentándome para no estallar, pero tú me obligarás al fin... Despues de haberme armado un alboroto en casa para quitarme las ganas de venir aqui, mudaste de pensamiento y quisiste acompañarme... hemos venido, y ya empiezas de nuevo á mortificarme con tus sospechas, con tus quejas, con tus males de nervios...! No puedo hablar á una muger, sin que tus ojos centelleen de cólera... no me atrevo á bailar por temor de que te dé un desmayo... Hija, por todos los santos...! Tanto, tanto, le aburre á uno al fin, le cansa. Si estás fastidiada, toma el coche y márchate... yo no me opondré á ello... Lo que es yo me encuentro bien aqui... y me quedo.

Matilde. Oh! todo eso que me dices me desgarra el corazon...! Cuán ingrato eres, Federico!

Federico. Yo!—Qué es esto? Vas á llorar ahora...? Es cosa de que nos pongas en berlina delante de toda esa gente, que no desea mas que una ocasion de poderse reir á espensas del prójimo... Ea, mejor será dejarte sola... A Dios.

Matilde. (*Deteniéndole.*) No... no... quédate... Tienes ra-

zon... Mira... ya no lloro... ya no me volverás á ver llorar...

Federico. Me alegraré infinito, porque con tus celos acabarias por hacer infelices á todos los que te rodean...

Matilde. No; no tengas cuidado...; mira, para que veas que te dejo en libertad, puedes ir si quieres con tus amigos... creo que han de estar jugando en el gabinete de Elisa... anda.

Federico. Sí, eso es, al departamento de los hombres... alli no corro peligro.

Matilde. A no ser que prefieras volver á casa en seguida... Si vieras qué contenta me pondria...!

Federico. No, no me marcho... y si te obstinas en hacerme la guerra, me quedaré aqui hasta las tres de la mañana... y bailaré y valsaré, cosa que habia jurado no hacer en mi vida. (*Óyese música dentro.*)

Matilde. Oh! no hagas tal, voy á bailar, voy á bailar.

ESCENA VII.

DICHOS. DON GABRIEL, *por el foro.*

Gabriel. (*Precipitadamente y poniéndose los guantes.*) Ya estoy aqui, ya estoy aqui! oye usted? es galop.

Federico. Mira, ahi tienes á tu pareja.

Matilde. Ah! sí... Estaba aguardando á usted.

Gabriel. Ea, vamos! no quisiera perder ni un compas... me perezco por la galop... tra, la, la, la...

Matilde. Federico!

Gabriel. Oh! ahora no hay marido que valga... no reconocemos su autoridad... la galop es la que manda, galopemos.

Matilde. Vente alli... al salon... donde yo te vea.

Gabriel. (*Arrojando el clac á F derico.*) Ahí va mi clac, marido... (*Alto.*) Tra, la, la, la... vamos á coger puesto. (*Vase haciendo bailar á Matilde.*)

ESCENA VIII.

FEDERICO, *dirigiéndose á su muger, que le mira al marcharse.*

Sí, sí, allá voy... (*Bajando á la escena.*) No iré tal...

esto es un suplicio... una tiranía de cada hora, de cada instante... No hay tregua... no hay descanso posible...! Parece que ha tomado á empeño suscitar con sus celos ideas que estaban muy lejos de mi imaginacion... Habrá mas necia porfia...! Cuando despues de una vida de soltero algun tanto desordenada, creía poder gozar al lado de una muger jóven y bella la tranquilidad y dulzuras del matrimonio, ocúrresele á esta muger ser celosa sin motivo..., quiere hacer de mi casa un infierno... Si tuviera alguna fundada queja de mí...! Si no la amara en efecto...! pero cuántas pruebas tiene de lo contrario...! Oh! es preciso á toda costa poner remedio á este mal...! Desde este momento me emancipo... me rebelo... y si... Cómo ha de ser! Suya será la culpa... Asi como asi, soy terco... y basta que no quiera que hable á una muger para que las obsequie á todas... á una especialmente que finge no entenderme... Oh! todavía no se me ha olvidado el modo de hacer una declaracion!

ESCENA IX.

ELISA. FEDERICO.

Elisa. (*Que viene por el foro, y se coloca á la izquierda.*) No se puede parar en el salon... Qué calor! qué apreturas! está delicioso!

Federico. Justamente aqui llega.

Elisa. Señor de Mendoza...! qué hace usted aqui tan solo?

Federico. Aguardar á usted tal vez.

Elisa. A mí?

Federico. No sabe usted que en hallándose en una parte ni busco, ni deseo ver mas que á usted.

Elisa. Ea, va usted á empezar de nuevo la cancion de todos los dias... yo creí que ya habia olvidado esa manía.

Federico. No espere usted que desista de ella hasta que dé oidos á mi amor.

Elisa. Caballero...

Federico. Perdone usted mi atrevimiento, hermosa Elisa... mi corazon no ha podido resistir al deseo de ha-

cerla esta declaracion... que mis ojos mas de una vez la habian hecho.

Elisa. (*Sonriéndose.*) Convendrá usted conmigo en que ha escogido un lugar muy poco á propósito para hacérmela... Pero dejemos esas locuras, y no me hable usted mas de ello, Federico; se lo suplico á usted; solo quiero ver en usted un amigo... porque quizás valiéndome de ese título tenga que recurrir á usted dentro de poco.

Federico. Ah! hable usted, señora, hable usted... me contemplaria muy feliz...

Elisa. Dice usted lo que siente, Federico...? Se contemplaria usted feliz en merecer mi confianza... Ah! si eso fuese cierto...! Usted no puede ignorar que la vida de la muger mas superficial... mas dichosa al parecer... encierra á veces algun misterio que acibara hasta sus mas pasageras distracciones.

Federico. Usted, señora!

Elisa. (*Aparentando jovialidad.*) Afortunadamente no se trata de mí ahora.

Federico. De alguna amiga íntima acaso?

Elisa. Puede ser... algun dia lo sabrá usted... ya puede figurarse que en medio de un baile...

Federico. Sí, dice usted bien. (*Mirando en torno suyo.*) Pero no podria yo tener el gusto de ver á usted un momento á solas...

Elisa. Qué dice usted?

Federico. Para ser depositario de sus secretos... á trueque de los que yo la confiara... porque yo tambien tengo pesares, disgustos que una amiga tan solo sabrá mitigar.

Elisa. Secretos á mí! y su muger de usted!

Federico. Confianzas á mí! y su esposo de usted...! Pero no, Elisa, no dude usted en abrirme su corazon... acuérdese usted del dia en que habiendo ido yo muy de mañana á ver á Margarita, una criada anciana que estuvo al servicio de mi madre, y me habia escrito pidiéndome algun socorro, la encontré á usted al lado suyo como un angel tutelar, asistiéndola llena de afabilidad y esmero.

Elisa. Mi marido tiene su clientela en los pisos principales, y á mí me reserva la de las boardillas.

Federico. Sí, y gracias á la casualidad... sé un secreto de usted... Desde aquel dia, que jamas se apartará de mi memoria, he vuelto con frecuencia á casa de Margarita, y he tenido la desgracia de no volver á hallar á usted nunca... Se ha olvidado usted de ella...? Vaya usted mañana... á las nueve... yo se lo ruego.

Elisa. Ah! ya veo cuál es la esperanza de usted.

Federico. Irá usted, no es verdad?

Elisa. No, caballero, no.

Federico. Ah! esa es una prueba de que usted jamas me ha profesado la amistad de que me hablaba hace poco, de que usted no me ama como yo la amo.

Elisa. Por piedad... calle usted, Federico.

Federico. Como ama usted á otro...

Elisa. Señor de Mendoza!

Federico. Sí, señora, á otro... que sigue á usted á todas partes, que veo continuamente á su lado, y para el cual siempre tiene usted una mirada, ó una sonrisa de bondad

Elisa. Por Dios, hable usted mas bajo: no le entiendo á usted.

Federico. Ese jóven... Leopoldo.

Elisa. Apenas le conozco.

Federico. Ha venido al baile.

Elisa. Pero no convidado por mí.

Federico. Razon á mi favor.

Elisa. Jamas le hablo.

Federico. Hácia aqui viene.

ESCENA X.

LEOPOLDO, *por la puerta de la izquierda del foro.* ELISA. FEDERICO.

Leopoldo. Señora, aqui me tiene usted á sus órdenes, segun deseaba.

Federico. (*Bajo á Elisa y con ironía.*) Jamas le hablo.

Elisa. (*Algo cortada.*) Ah! es usted, Leopoldo... qué tiene usted? viene usted agitado... descompuesto el semblante.

Leopoldo. Nada, señora, nada... Mi pareja, que me ha dejado plantado. Estoy en desgracia esta noche.

Federico. Todo al contrario... aqui tiene usted una señora que le estaba aguardando.

Leopoldo. (*Haciendo una ligera inclinacion de cabeza.*) Caballero...

Elisa. Con efecto, me alegro infinito de que haya usted venido, Leopoldo... (*A Mendoza.*) Es un escelente jóven que nos recomendó al morir don Vicente del Pino, un abogado anciano... á quien yo apreciaba en estremo.

Federico. (*Con ironía.*) Y el señor, á lo que veo, ha recogido la herencia en ese punto. (*Movimiento de Elisa.*)

Elisa. Sí, dice usted bien, me intereso vivamente en su suerte; por esa razon queria recomendársele á usted á mi vez. Ha estado colocado hasta hace poco en casa de un negociante, un amigo de mi marido; y como usted, señor de Mendoza, tiene tantas relaciones en la Bolsa... podia...

Federico. Con sumo gusto; pero... mi influjo vale tan poco...

Leopoldo. Doy á usted gracias, señora, por el interes que por mí se toma... las bondades de usted me hacen todavía mas cara la memoria de mi bienhechor! Creía haber perdido todos mis amigos con él...

Elisa. (*Algo conmovida.*) Eso era juzgar de los demas con demasiada ingratitud! Todos los amigos de casa lo son tambien de usted: el señor de Mendoza por ejemplo...

Federico. Ciertamente. (*Aparte.*) Parece que me ha escogido para animar al señorito.

Leopoldo. Procuraré hacerme acreedor á tanta bondad... pero si no me engaño, el wals ha empezado.

Elisa. No, todavía no. (*Aparte, mirando á Federico.*) Quisiera que se marchara.

Federico. No le deja ir.

ESCENA XI.

DICHOS. DON FERNANDO. UN CRIADO.

Fernando. (*En el fòro hablando con el criado.*) Bien está; harás poner en mi gabinete dos mesas de tresillo; ahora te daré cartas. (*Viendo á su muger.*) Ah! aqui estabas...? tus primas acaban de llegar... algo tarde por

cierto...' Vé á saludarlas, y colócalas en buen sitio.

Elisa. Voy ahora mismo.

Federico. (*Yendo á ella.*) Si esta señora tiene la bondad...

Elisa. Gracias: (*Acercándose á Leopoldo.*) Leopoldo me ha ofrecido ya el brazo.

Fernando. Me alegro de ello... porque usted, amigo mio, hace falta al lado de su muger, (*Bajando la voz.*) que parece estar muy agitada. Hace un instante me dirigí á hablarla, y la hallé con los ojos anegados en lágrimas.

Elisa. Quién, Matilde?

Federico. Ya sé lo qué es.

Fernando. (*En voz baja.*) Y yo tambien... Vea usted lo que hace, amigo mio...! Creo no equivocarme, tiene celos... es una pasion terrible y que hace muy infeliz.

Federico. Sí, al marido. (*Elisa y Leopoldo se habrán encaminado al foro durante las últimas palabras. Don Fernando toma unas barajas de uno de los muebles. Don Gabriel sale á este tiempo por el foro.*)

ESCENA XII.

DICHOS. DON GABRIEL.

Gabriel. (*Tomando un helado y riendo.*) Sí, es cosa seria... Ah! amigo Leopoldo, ya lo he compuesto todo.

Leopoldo. Doy á usted mil gracias.

Elisa. Cómo, qué quiere decir con eso?

Leopoldo. (*Llevándosela.*) Nada, no es cosa particular.

Fernando. (*A Federico.*) Vamos, vaya usted á buscarla; estará la pobre desesperada.

Gabriel. (*Bajando hácia el proscenio.*) Hácia aqui viene mi ingrata. (*Señala á la puerta de la izquierda.*) Cielos! el marido.

Fernando. Aqui tiene usted justamente á don Gabriel, que podrá informarle hácia qué lado la encontrará.

Gabriel. A quién?

Fernando. A Matilde, la esposa del señor.

Gabriel. (*Señalando á la izquierda.*) Ah! sí... por ahí creo haberla visto... en la primer sala de la derecha.

Federico. (*Bajo á don Gabriel.*) Quién es ese Leopoldo que acompañaba á la esposa de don Fernando?

Gabriel. Diré á usted: es un jóven sin patria ni hogar, ni

padre ni madre... fuera de eso, un sugeto... muy conocido en Madrid.

Fernando. (*Dirigiéndose á Federico.*) Pero Federico!—y su muger de usted?

Gabriel. (*Señalando á la derecha.*) Por ahí, por ahí.

Federico. Sí, sí. (*Aparte.*) Ella hará de modo que yo acabe por enamorarme ciegamente... de la otra. (*Vase por la derecha.*)

Gabriel. (*Acabando el helado.*) Le he dicho que venia por la derecha cuando viene por la izquierda... Y yo muy zaino, me quedo aqui como quien no hace la cosa... Esto es lo que los inteligentes llamamos un ardid de guerra... (*Sale Matilde.*) Qué pícaro soy!

ESCENA XIII.

GABRIEL. MATILDE.

(*Durante esta escena Matilde no hace mas que dar vueltas por si ve á su marido, y don Gabriel la sigue hablando.*)

Matilde. Me han engañado.

Gabriel. Ah! señora, es usted! Bendito una y mil veces el acaso que me ha detenido aqui.

Matilde. Caballero... (*Aparte.*) Otra vez á mi lado! Qué hombre tan insípido!

Gabriel. (*Aparte.*) Mi presencia la ha causado una conmocion agradable... se ha ruborizado... (*Alto.*) Permita usted que aproveche tan favorable coyuntura...

Matilde. Usted dispense; venia buscando á mi marido. (*Sube hácia el foro.*)

Gabriel. Otra vez! Parece que no se da mucha prisa á ahorrarla á usted la mitad del camino. (*Aparte.*) Pero qué pícaro soy! (*Deteniéndola.*) Ah! señora, déjeme usted aprovecharme de su ausencia para hacerla patentes mis sentimientos...

Matilde. Qué sentimientos? Caballero, no le entiendo á usted.

Gabriel. Ah! es que usted se complace en no querer entenderme. (*Aparte.*) Ya está al cabo de la calle. (*Alto.*)

No son nada para usted esas palabrillas sueltas que de cuando en cuando se escapan de mi enamorado corazon?

Matilde. Vuelta con lo mismo! caballero, esto es ya una persecucion.

Gabriel. Una persecucion...! Pues sí, señora... no quiero negarlo... lo es... ó por mejor decir... es otra cosa... es el lenguaje de un jóven estremadamente sensible y entusiasta... que no ha podido ver á usted sin admirarla y compadecerla.

Matilde. Olvida usted que estoy casada?

Gabriel. Oh! no, señora, no! me acuerdo de ello perfectamente; y eso es lo que me hace mas inapreciable un tesoro que en tan poca estima manifiesta tener don Federico.

Matilde. (*Con conmocion.*) Por qué es esa suposicion...? Cree usted lo que dice?

Gabriel. Ah! los tales maridos no conocen hasta dónde llega su dicha... Solo nosotros, jóvenes candorosos y sencillos, almas ardientes é ingénuas, sabemos apreciar las buenas cualidades... que ellos desconocen y olvidan á los pies de nuestras coquetas.

Matilde. (*De pronto.*) Don Gabriel, usted ha visto á mi marido en el salon hablando con alguna.

Gabriel. Yo no digo que...

Matilde. Sí tal, sí tal... y si es cierto que usted me aprecia...

Gabriel. Ah! considerablemente.

Matilde. Cuéntemelo usted todo... no me oculte usted nada; por Dios... hable usted, hable usted, ya le escucho.

Gabriel. (*Aparte.*) Con qué calor lo ha tomado...! Esto es hecho.

Matilde. Federico estaba... dónde estaba?

Gabriel. Don Federico...? aqui mismo estaba hace poco.

Matilde. Pero no solo?

Gabriel. No... con el amo de casa... don Fernando.

Matilde. Eh! no es eso... (*Con una sonrisa afectada.*) Hablo de otra persona... de la señora que tenia al lado.

Gabriel. Señora...! no recuerdo... ah! la señora de Aguilar, que salia de aqui cuando él...?

Matilde. Elisa... oh! no, no... no habia otra?

Gabriel. Yo no he visto... (*Aparte.*) Calla! Si tendrá esta celos ahora? Mejor, me vendria como de perilla.

Matilde. Y en este momento no sabe usted dónde está, con quién habla?

Federico. Eh! eso no debe importarnos, señora; estará distraido por ahí sin duda; pero cuente usted con que yo ocuparé su puesto siempre que se separe de usted... seré esclavo de sus acciones, de sus movimientos...

Matilde. Sí, sí, espíele usted... Sígale usted los pasos, y en descubriendo alguna cita, en probándome que Federico me es infiel, venga usted á verme.

Gabriel. Me recibirá usted?

Matilde. Sí... (*Aparte.*) Como un aviso.

Gabriel. (*Aparte.*) Vamos, soy un pícaro lleno de suerte.

ESCENA XIV.

DICHOS. ELISA. FEDERICO.

(*Salen por la derecha sin ver á Matilde.*)

Elisa. No, no iré.

Federico. Oh! cuán cruel es usted. (*Aparte.*) Cielos! mi muger.

Matilde. (*Aparte.*) Elisa!

Elisa. (*A Gabriel.*) Don Gabriel, hágame usted el obsequio de ver lo que ha sucedido en el salon principal; la gente corre hácia allí.

Gabriel. Voy á complacer á usted... (*Saludando á Federico.*) Caballero... (*Aparte.*) Está escrito que no se me ha de escapar un marido. (*Vase por la izquierda.*)

Federico. (*Aparte y mirando á su muger.*) Oh! qué miradas!

Elisa. Señora, la traigo á usted su marido, que andaba perdido en el baile.

Matilde. (*Observándolos y con ironia.*) Por eso será sin duda por lo que no nos hemos encontrado en toda la noche.

Federico. Te creía perdida... he preguntado por tí á todo el mundo.

Matilde. (*Idem.*) Pobre Federico! Todavía se le conoce en la cara el susto... está todo turbado...

Federico. (*Confuso.*) Yo?

Matilde. No le parece á usted lo mismo, señora? (*Risas y rumor dentro.*)

Federico. Qué es esto? el ruido aumenta.

Elisa. No puede ser cosa desagradable, porque oigo risas.

Gabriel. (*Saliendo por la izquierda.*) Bueno, bueno; yo aseguro á usted que no quedará asi.

Elisa. Qué es eso, señor don Gabriel.

Gabriel. (*Viene á colocarse entre Elisa y don Federico.*) Oh! ya se concluyó todo... Me ha enviado usted á tiempo, porque si no es por mí, lleva Leopoldo la bofetada mas descomunal...

Elisa. Leopoldo! Qué dice usted?

Gabriel. Qué he de decir! la disputa con el vizconde del Roble... Ah! ustedes tal vez no le conocerán. Es uno muy elegante, alto, que gasta anteojos; le habia quitado la pareja á Leopoldo en unos de los rigodones pasados, y yo, que habia tomado cartas en el asunto, creí haberlo compuesto; pero sí, ya baja! El tal Leopoldito se conoce que tiene malos humos; no se contentó con lo que yo le dije, y se fue en derechura á pedir una satisfaccion al de los anteojos, que es un palmo mas alto que él... y en donde deja caer la mano...

Elisa. Pero despáchese usted, por Dios, qué es lo que ha sucedido? acabe usted.

Federico. Qué agitacion!

Gabriel. Yo llegué justamente en lo mas acalorado de la disputa. Roble le dijo al otro una espresion que le ofendió... alusiva á la semejanza de su origen con el de don Juan de Austria y Antony.

Elisa. (*De pronto.*) Seguid.

Gabriel. Leopoldo le contestó con arrogancia, y, como ya he tenido la satisfaccion de decir á ustedes, iba á recibir por respuesta una descomunal bofetada del de los anteojos, cuando afortunadamente para él llegué yo á tiempo de evitarle esa afrenta.

Federico. Le detuvo usted del brazo?

Gabriel. Sí señor, y el tal vizconde del Roble puede vanagloriarse de que si es corto de vista es en cambio muy largo de manos, porque me ha hecho ver las estrellas.

Federico. De indignacion?

Gabriel. No, de gusto. Debo tener el carrillo como una grana.

Federico. Calla! con que ha sido usted el que ha recibido..?

Gabriel. De lleno.
Federico. (*Riendo.*) Ah! ah! es lance gracioso.
Gabriel. Verdad que sí? lo propio dicen todos... No, lo es que yo no puedo quejarme de haber perdido la noche... Al entrar, por poco me desnuco, y ahora acabo de recibir un bofeton por poderes... Dios sabe lo que me aguardará al salir...— Yo quise tomarlo por lo serio, en cuanto recibí el ultraje; pero no habia medio; Leopoldo sintió...
Federico. El bofeton?
Gabriel. Eh! no, la ofensa que por él se me habia hecho, y me pidió encarecidamente que dejase á su cargo la terminacion de este asunto, puesto que á él venia dirigido. Ya debe haber quedado todo corriente.
Elisa. Lo cree usted?
Gabriel. Pues no lo he de creer! se batirán.
Elisa. Cielos!
Gabriel. Es lance que no puede arreglarse de otro modo... yo, desde luego, no consiento otra cosa... necesito que mi mejilla se lave con sangre. (*Dirígese hácia el foro.*)
Elisa. Qué dice usted? Leopoldo...
Federico. (*Acercándose á Elisa y en voz baja.*) Mucho se interesa usted por ese jóven, señora.
Matilde. (*Idem á Federico.*) Y qué le importa á usted eso, caballero.
Gabriel. Ah! don Fernando los ha separado, y viene hácia aqui con Leopoldo.

ESCENA XV.

DICHOS. DON FERNANDO. LEOPOLDO.

Leopoldo. Déjeme usted, se lo pido por favor.
Fernando. (*Trayéndole.*) No, amigo mio, no es usted el que lo ha recibido.
Gabriel. Yo lo creo.
Elisa. Leopoldo... (*Reprimiéndose.*) Qué es eso? qué ha pasado?
Leopoldo. Señora, pido á usted me dispense por haber sido causa de un escándalo que no traerá consecuencias.
Gabriel. Cómo que no traerá consecuencias?
Fernando. Asi lo espero. (*Se dirige á hablar con las personas del foro.*)

Elisa. (*Acercándose á Federico con misterio.*) Señor de Mendoza!

Federico. Señora!

Matilde. (*Aparte observándole.*) Qué le querrá?

Gabriel. (*Escuchando.*) Cómo?

Elisa. (*Bajo á Federico.*) La cita que usted me pidió en la calle de Leganitos.

Federico. (*Idem.*) A las nueve.

Elisa. (*Idem.*) Iré á ella; tengo que confiar á usted un secreto.

Federico. (*Con alegría.*) Ah!

Gabriel. (*Que lo ha oido.*) Oiga!

Matilde. (*Bajo á Gabriel.*) Qué le ha dicho?

Fernando. Vamos, esto pasó ya; un rigodon para acabarlo de olvidar.

Todos. Sí, sí.

Leopoldo. (*Pasando á buscar á Gabriel le dice en voz baja.*) Mañana á las cinco estaré en su casa. (*Despues de decir esto los convidados vuelven á entrar en el salon de baile. Don Gabriel se acerca á Matilde para sacarla; pero esta se coge á su marido y se va con él. Lo propio le pasa con Elisa, que da el brazo á Leopoldo. Viéndose solo se resigna y se pone á tomar un helado.*)



Acto segundo.

El teatro representa una sala de la casa de don Federico. Puerta de entrada al foro. En el mismo término, á la derecha, una ventana con colgaduras: al lado opuesto una chimenea, sobre la cual habrá un reloj. Puertas laterales. A la derecha, en el proscenio y próximo á la puerta, un velador. A la izquierda, un sofá.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO. UN CRIADO.

Federico. (*Sale por la izquierda, y dice al criado que le sigue señalando al velador.*) Tráeme el sombrero y los guantes, y déjalos ahí. Voy á salir. (*El criado se retira.*) Ya pronto debe ser la hora, y Elisa estará aguardando... qué significará esta cita? Una muger que ha desdeñado siempre mis obsequios, que se ha mostrado sorda á las súplicas de sus numerosos adoradores...! "Solo quiero ver en usted un amigo, me dijo... tengo que confiarle un secreto." Qué será...? En fin, pronto voy á salir de la duda. (*Al criado, que ha vuelto á salir y ha dejado el sombrero y los guantes encima del velador.*) Bien está; si mi muger pregunta por mí, dirás que he ido... (*Pensando.*) que he ido... á la audiencia. (*Matilde saldrá por la derecha á tiempo que él dice las últimas palabras, y se acercará con sigilo. El criado se va por el foro.*)

ESCENA II.

FEDERICO. MATILDE.

Matilde. (*Agarrándose á él y sonriéndose.*) Y lo creerá ella?

Federico. (*Separándose.*) Matilde!

Matilde. Qué es eso? estás enfadado todavía conmigo.

Federico. Te parece que despues de lo sucedido ayer...

Matilde. (*Alargándole la mano.*) Vamos, hagamos las paces.

Federico. (*Sin mirarla.*) Sí, siempre me dices lo mismo, y todos los dias volvemos á las andadas; no parece sino que te complaces en apurar mi paciencia. Quién vió usar de semejante tono en medio de un baile! Obligarme á salir de alli casi á la fuerza como á un niño... como á un esclavo... ah! (*Siéntase disgustado en el sofá, y coge un periódico.*)

Matilde. (*Apoyándose en el sofá.*) Federico...! ah! qué feo es guardar rencor á las personas á quienes se ama: culpable soy, en efecto; pero si tú supieses lo que ayer pasé, la violencia que me estuve haciendo, me disculparias! El prendido me pesaba cual si fuera de plomo, mi frente se ardia... parecia que querian saltárseme las sienes... era digna de lástima! (*Siéntase al lado de Federico.*)

Federico. (*Sin mirarla.*) Y por qué? podrás decírmelo?

Matilde. (*Con pasion.*) Por qué! porque te amo con idolatría, porque tú eres mi felicidad, mi vida; porque la sola idea de perderte es para mí el mas cruel de los suplicios! Es preciso que me trates con mas compasion, Federico; mira, soy una pobre muger, cuya única falta es quererte demasiado... temer por tí á cada instante... Cuando estás como ayer, en una reunion, y veo á una muger fijar en tí sus miradas... dirigirte la palabra con la sonrisa en los labios y la coquetería en los ojos, quisiera interponerme entre ella y tú... para detenerte, para arrancarte de alli, porque tengo celos, temo que me arrebaten mi bien, quisiera que estuvieses solo, siempre solo.

Federico. (*Sin mirarla.*) Gracias; no dejaria de estar divertido.

Matilde. Como que mi esposo es insensible á todas esas seducciones... (*Con ironía.*)

Federico. Yo! sí por cierto.

Matilde. Es verdad, digálo sino tu vida de soltero... Vamos, perdóname... De qué puedes quejarte...? Es acaso de que te quiero demasiado? Callas... Mírame bien, no te dice ya-nada tu corazon hácia mí? Federico, sé generoso. Mírame, tan desgraciado eres en ser mi marido? (*Federico deja caer insensiblemente el periódico y vuelve la cabeza poco á poco.*)

Federico. (*Aparte.*) Por Dios, que jamas me ha parecido tan hermosa!

Matilde. Otras mugeres hallarás mas bellas, mas seductoras, y mas pérfidas tambien; pero cuál será capaz de amarte como yo? ninguna. Mira, no hace un instante, me hallaba triste, me sentia con el corazon oprimido, y parecia que se me habia acabado todo en el mundo, porque te veía enojado, porque ni me mirabas siquiera: has vuelto los ojos hácia mí, y me ha parecido que el dia era mas claro, esta estancia mas bella, se ha dilatado mi corazon de esperanza y de alegría, y he sentido agolparse las lágrimas á mis ojos... Ya lo ves, me he compuesto esta mañana para parecerte bien...—Cruel, tan desgraciada es la suerte que te ha cabido en ser mi esposo!

Federico. (*Aparte.*) Vamos, voy viendo que me contentaré con ser un buen amigo de Elisa y nada mas.

Matilde. Qué dices?

Federico. Digo que no deseo poseer mas cariño que el tuyo.

Matilde. Y yo quiero creerte... deberia hacerlo siempre asi, porque... Escucha, voy á ser franca contigo acusándome de una falta... Varias veces has salido de casa mas temprano de lo acostumbrado, diciéndome que ibas á hacer una buena obra, que ibas á visitar á un enfermo desgraciado, y yo he creido que era una disculpa... y hasta que he sabido que ibas en efecto á visitar á una pobre anciana, criada de tu madre, no he sosegado.

Federico. Pues qué? me has mandado seguir?

Matilde. Te he seguido yo misma sin saberlo nadie; no frunzas las cejas; la pobre muger desearia que hiciera lo propio siempre, porque aquel dia la socorrimos ambos.

Federico. (*Queriendo ocultar su turbacion.*) Mayor castigo merecias...

Matilde. No, porque desde aquel dia te amo aun mas que antes, si es posible! y en lo sucesivo no volveré á tener esas odiosas sospechas que tantas lágrimas me han hecho verter...! porque ya no volverás á separarte de mí, no es verdad? y para dar principio, hoy te quedas conmigo?

Federico. Sí... bajaremos al Prado... y esta noche á la ópera.

Matilde. (*Con intencion.*) Y pasaremos la mañana juntos... en casita... no sales, no?

Federico. (*Haciendo por tomar un tono indiferente.*) Un cuarto de hora no mas.

Matilde. Oh! no...

Federico. Oh! sí...

Matilde. No...!

Federico. Sí tal...!

Matilde. Hoy no tienes nada que hacer en la audiencia, era un pretesto...

Federico. En la audiencia... ó en otra parte... qué importa dónde?

Matilde. Pues bien; saldré yo contigo.

Federico. Buen modo tienes de cumplir tu promesa!

Matilde. Yo te lo ruego.

Federico. No puede ser.

Matilde. (*Levantándose*) No...? pues ahora lo quiero... lo exijo.

Federico. Matilde!

Matilde. Lo exijo... oh...! te entiendo... estos son los resultados del baile... de la conversacion que no querias que yo oyese... Piensas que no reparé que estuviste hablando toda la noche...?

Federico. Con nadie...

Matilde. Con la esposa de don Fernando de Aguilar.

Federico. Matilde! esa suposicion... déjame.

Matilde. (*Deteniéndole.*) En tus ojos leo tu impaciencia... me oyes con enfado... tu pensamiento está en otra parte... cuando te suplico que te quedes, tú no piensas mas que en el momento de evadirte... Y quieres que no pierda el juicio cuando te veo asi...! que no me vuelva loca...! Federico! no saldrás... ó yo he de salir contigo.

Federico. No; te lo prohibo espresamente.

Matilde. Soy dueña de mi albedrío... Quiero salir.

Federico. Y yo mando que te quedes...

Matilde. Es una insufrible tiranía.

Federico. Todo lo que quieras... pero no te toleraré ese nuevo capricho...

Matilde. Y he de tolerarte los tuyos? — Federico, mira bien lo que haces... llevo ya mucho tiempo de sufrir y callar...

Federico. Amenazas...! Oh! una vez que es asi, escuche usted lo que voy á decirla, señora.

Un criado. (*Anunciando.*) Don Fernando de Aguilar.

Matilde. Ah!

ESCENA III.

FEDERICO. DON FERNANDO. MATILDE.

Fernando. Perdonen ustedes; llego intempestivamente, segun creo.

Federico. No... todo al contrario, amigo mio.

Fernando. Me pareció al entrar que hablaban ustedes algo acalorados... y sentiria haber interrumpido alguna esplicacion conyugal...

Matilde. No, no lo sienta usted; no tenia nada de agradable.

Federico. Y ademas, tiempo nos queda despues de volver á coger el hilo... (*Al criado, que se ha vuelto á acercar.*) Qué es eso? qué hay?

Criado. Una persona que pregunta por usted, y está esperando en su despacho.

Matilde. (*De pronto.*) Quién?

Criado. Un jóven...

Matilde. (*Tranquilizada.*) Ah!

Federico. Haber dado cualquier disculpa; no sabias que estaba aqui don Fernando?

Fernando. Oh! que no sirva yo de obstáculo... venia únicamente á hablar á usted de Leopoldo... aquel jóven que verian ustedes anoche en mi casa... le estoy aguardando aqui... luego que venga pasaremos un momento al despacho.

Criado. (*Bajo á Federico.*) Es una carta muy urgente... de una señora.

Federico. (*Aparte.*) Ah! (*A don Fernando.*) En ese

caso le dejo á usted por un instante con mi muger. (*Yendo á tomar el sombrero, que Matilde coge por un lado.*)

Matilde. Que no sales! (*Federico la mira, hace un movimiento de impaciencia, y vase por la izquierda.*)

ESCENA IV.

DON FERNANDO. MATILDE.

Matilde. (*Siguiendo á Federico con la vista.*) Dios mio! cómo haria yo para detenerle?

Fernando. Pero qué es eso, señora...? Qué tiene usted?

Matilde. Nada, señor de Aguilar, nada; no me lo pregunte usted.

Fernando. La indisposicion de anoche tal vez...? Salió usted del baile, pálida, agitada... Oh! es en vano que usted quiera ocultarlo... en su rostro veo lo que está sufriendo.

Matilde. Oh! sí, es verdad... sufro mucho.

Fernando. La compadezco á usted... y compadezco aun mas á su marido, porque es mas desgraciado que usted.

Matilde. Quién le ha dicho á usted eso?

Fernando. Él mismo.

Matilde. Desgraciado, por mí! oh! no, eso no puede ser...

Fernando. Escúcheme usted, Matilde... hace ya tiempo que nuestras dos familias se ven unidas por los vínculos de la amistad, y creo encontrarme por lo tanto con derecho de mezclarme en secretos de matrimonio que me parece haber adivinado... Haga el cielo que mis consejos sean á ustedes de alguna utilidad... Sí! Federico es desgraciado.

Matilde. Desgraciado, él! Cuando yo soy la que llora por su causa, la que se queja de no ser amada, la que debe á su desvío la pérdida de su reposo y su felicidad!

Fernando. Usted le acusa injustamente.

Matilde. Ah! bien se conoce que usted no ha amado nunca con la ceguedad que yo amo á mi esposo... bien se conoce que usted no ha sentido el horrible tormento de los celos... esa pasion que abrasa y devora...

Fernando. Yo... señora... ah! si usted supiera los recuerdos que despierta en mí con esas palabras...! Oh! sí tal, señora, sí... yo tambien he llorado y me he quejado como usted... yo tambien he sentido á veces hervir mi sangre en mis venas, y quedarse luego helada en ellas repentinamente... he sufrido el cruel martirio de esa pasion... como usted, mas que usted tal vez... he sido suspicaz, celoso, y en el dia mismo hay momentos...

Matilde. Usted, don Fernando?

Fernando. Oh! este ha sido hasta ahora un secreto para todo el mundo, y si me atrevo á franquearme con usted, es porque la veo acometida del mismo mal... Sí, he sido celoso! pero he combatido esa pasion resueltamente, he procurado dominarla.

Matilde. Intento vano!

Fernando. He hecho mas... la he vencido!

Matilde. Luego si en el dia le dijesen á usted: su esposa de usted le vende! le engaña...!

Fernando. (*Sin poderse reprimir.*) Si me dijesen eso... (*Reprimiéndose.*) Oh! silencio, por Dios, señora...! Tiemblo solamente á la idea de volver á ser víctima de esa pasion funesta, y maldeciria al que se complaciese en abrir de nuevo una herida mal cerrada.

Matilde. Y ese valor de que hace poco me hablaba usted...? bien se ve que nunca se ha ofrecido la ocasion de ponerle á prueba.

Fernando. Nunca, dice usted, nunca! Usted, señora, hallándose al lado de su marido, viviendo en la misma casa, cede á recelos infundados, á sospechas imaginarias... qué sería si, hallándose en vísperas de contraer un enlace anhelado por espacio de mucho tiempo, tuviese usted, como yo, que alejarse repentinamente, dejando al lado del objeto de su amor un rival igualmente enamorado, y mas querido tal vez?

Matilde. Qué? Caballero...

Fernando. Sí señora! Yo era oficial... y el deber me ordenaba partir... tuve que dilatar hasta la vuelta un casamiento en que cifraba mi ventura... me vi obligado á emprender inmediatamente la marcha, llevando en el fondo de mi corazon una sospecha, que la incertidumbre y la distancia no hicieron mas que acrecentar. Durante un año de ausencia, no tuve un dia, una hora, un ins-

tante de tranquilidad. Sabe usted lo que es pasar un año amando con delirio y devorado por los celos!

Matilde. Oh! yo me hubiera muerto.

Fernando. Aquel suplicio era superior á mis fuerzas: no pude sufrir mas; abandoné mi carrera, hice pedazos mi espada. Volví... pero harto tarde para deshacerme de mi rival... otro... el hermano de mi muger, ofendido de su incesante persecucion, le habia muerto en desafio, y se habia visto precisado á refugiarse en pais estrangero. Mi prometida esposa se hallaba á las puertas de la muerte, y no se atrevió á resistir á la imperiosa voluntad de su padre. Yo la adoraba... el amor me tenia ciego entonces, solo vi su hermosura, sus virtudes... no pensé mas que en la dicha de llamarla mia. Reclamé el cumplimiento de la palabra dada, y llegué á ser su esposo. Pero juzgue usted de mi dolor, de mi desesperacion, cuando conocí que no era amado...! yo, que la queria con pasion... con frenesí...! Aquel corazon que yo hubiera comprado á precio de mi vida no me pertenecia... preocupada por no sé qué pensamientos, mi presencia, el metal de mi voz la hacian temblar... y por la noche, durante el sueño, pronunciaba palabras de angustia y de terror. Desde que observé esto, en mi casa, en público, en todas partes espiaba sus acciones, sus palabras, sus miradas... hasta sus sueños. Mis sospechas se fijaban alternativamente en todos aquellos á quienes dirigia una palabra, una mirada, una sonrisa, á veces casual.

Matilde. Oh! sí, sí... eso es.

Fernando. Despótico y suspicaz la condené á abandonar los bailes, las diversiones... hubiera deseado poder tener en mis manos su corazon para arrancarle sus secretos. Estaba celoso, señora... y de ese modo causaba mi desgracia y la suya... queria poseer su amor; lo que conseguia asi era granjearme su indiferencia, su odio. Felizmente conocí por último que era un loco... un insensato. Me desarmó su resignacion, y á riesgo de perder la vida, hice cuanto pude hasta que logré reprimir dentro del pecho mis injustas sospechas... luché contra mí mismo... y vencí. En el dia soy feliz... mi muger me da cada dia mayores pruebas de ternura, recompensando de ese modo los esfuerzos que he hecho para ser digno de ella y de mí...! Ya sabe usted todo lo que he sufrido, se-

ñora... ya sabe usted la lucha que he tenido que sostener, y el premio que la victoria me ha reportado. Usted que se halla próxima á ceder ante la pasion que yo he logrado vencer... usted, que mas dichosa que yo, ha empezado por ser amada... tema usted acabar por ser mirada con indiferencia y aversion... como yo empecé.

Matilde. Oh! Dice usted bien; procuraré ocultarle mis lágrimas... porque conozco que si continúo atormentándole con mis celos, llegará tambien á aborrecerme.

Fernando. Diga usted de una vez: "quiero tener valor," y le tendrá.

Matilde. Ah! por mas que me he formado esa resolucion, nunca he podido llevarla á cabo...! Siempre creo encontrar algun misterio en sus acciones, en sus palabras, hasta en sus miradas.

Fernando. Oh! reconozco perfectamente la terrible enfermedad que yo he padecido... son los mismos síntomas, la misma locura... Aun ahora que ha cesado, cuando creo ver en ella cierto aire de reserva, de misterio, que en vano me he querido esplicar desde aquella época...

Matilde. (*Interrumpiéndole.*) Qué dice usted...?

Criado. (*Anunciando.*) Un caballero, que dice llamarse don Leopoldo, pregunta por el señor de Aguilar.

Matilde. Que pase adelante.

ESCENA V.

DICHOS. LEOPOLDO.

Leopoldo. (*Saludando á Matilde.*) Señora...

Fernando. Aguardándole estaba á usted, amiguito.

Leopoldo. Dispense usted mi tardanza... tenia varias diligencias que hacer esta mañana, las cuales, hablando á usted francamente, aun no he concluido... (*Mirando al reloj.*) La una ya...!

Matilde. Supongo que esas diligencias no tendrán relacion con el lance de ayer noche?

Leopoldo. Ninguna, señora... Don Fernando lo ha arreglado...

Fernando. Oh! aquello no fue nada, y Leopoldo hubiera hecho mal...

Leopoldo. En efecto; yo, pobre jóven, desconocido, sin fa-

milia y sin apellido, yo, que estoy condenado á no saber lo que son las caricias de un padre, hubiera hecho mal en enfadarme por la insolencia de un vizconde del Roble: he venido al mundo para sufrir con resignacion los insultos, las afrentas de mis semejantes, y si por casualidad llego á verme, como ahora, objeto de los sarcasmos de un fátuo que goza del privilegio de tener por padre á un intrigante sin pudor ni vergüenza, debo bajar la cabeza y darle las gracias.

Fernando. Oh! esa amarga ironía viene mal con lo que usted me habia prometido, amigo Leopoldo.

Leopoldo. Y lo que á pesar de ella sabré cumplir, señor de Aguilar.

Fernando. Asi me gusta. Entre tanto, yo, que le profeso á usted una verdadera amistad... deseo separarle de Madrid por algun tiempo... en menos de ocho dias lleva usted ya varias disputas...

Matilde. Y en eso hace mal... asi se originan los desafios, y si usted sucumbiera en uno de ellos...

Leopoldo. Podia morir seguro de que nadie me lloraria. (*Movimiento de Matilde y Fernando.*)

Matilde. Cómo!

Fernando. Y sus amigos de usted?

Leopoldo. Mis amigos, sí, verdad es; pero eso no es bastante. (*Esforzándose por parecer alegre.*) Vamos á ver, señor don Fernando, qué piensa usted hacer de mí? adónde quiere usted enviarme? á casa de algun banquero estrangero? á Filipinas para divertirme un poco, ó no le parece á usted todavía bastante lejos?

Fernando. No es necesario que salga usted de España... Esta señora tiene en Cádiz un hermano, rico negociante, á quien irá usted recomendado de parte de su esposo.

Matilde. Y yo añadiré mi recomendacion á la suya.

Leopoldo. Ah! señora... No sé cómo agradecer á usted, señor de Aguilar, el interes que por mí se toma... Solo sé decirle (*Tendiéndole la mano.*) que le miro como padre, y conozco que le profeso un cariño filial. (*Variando de tono y encaminándose hácia la puerta de la derecha.*) Pero ahora tenga usted la bondad de presentarme á don Federico, porque me está esperando cierto amigo, (*Aparte.*) y no quiero hacerle esperar.

Matilde. Federico está en su despacho.

Leopoldo. (*Cerca de la puerta.*) Pues démonos prisa, porque no es cosa de hacerle mala obra si es cierto, como me ha dicho el almivarado don Gabriel del Arrayan, que tiene que hacer hoy fuera de casa.

Matilde. (*Con viveza y yendo á él.*) Ah! don Gabriel le ha dicho á usted eso?

Fernando. (*A Leopoldo con viveza.*) Soy con usted, Leopoldo... (*Bajo á Matilde.*) Vamos, señora, valor... imíteme usted, y tenga confianza... no perderá usted nada en ello. (*Vase con Leopoldo.*)

ESCENA VI.

MATILDE, *sola, despues de una pausa.*

Sí, seguiré sus consejos... le ocultaré mis lágrimas, mi dolor, no verá nada, porque quizás tambien mis sospechas sean injustas, y le haga desgraciado... Federico desgraciado...! y por mí...! llegaria á aborrecerme...! oh! no, todavía me ama. Desde hoy en adelante no le atormentaré mas con mis celos; quiero darle pruebas de confianza, y para empezar desde ahora mismo ya puede salir, si quiere; no le haré una sola pregunta... Voy á llevarle yo misma... (*Va á coger el sombrero y los guantes de su marido, á tiempo que don Gabriel abre la puerta del foro y saca la cabeza.*)

ESCENA VII.

MATILDE. DON GABRIEL.

Gabriel. (*Asomando la cabeza.*) Las diez; ya debe haber salido.

Matilde. (*Volviéndose, y asustada.*) Qué es eso? ah!

Gabriel. Chist! Perdone usted, bellísima señora, si me atrevo á penetrar en su estancia sin criado ni campanilla, como un mal intencionado...

Matilde. Qué quiere usted? qué viene usted á hacer aqui, á estas horas?

Gabriel. (*Retrocediendo.*) Cómo? pues qué, no ha salido...?

Matilde. Quién?

Gabriel. Quién ha de ser? él, su esposo de usted...
Matilde. Sabe usted acaso...?
Gabriel. Sí por cierto; no hemos convenido que en averiguando que tiene que ir á alguna parte...?
Matilde. (*De pronto.*) Ah! sí, sí; pero hable usted bajo.
Gabriel. No tema usted... estoy yo aqui.
Matilde. (*Acercándose á él.*) Vamos, anoche, en el baile, fue cuando supo usted que tenia una cita, no es esto? y con quién?
Gabriel. Je! je! je! no quiero abusar de lo ventajoso de mi posicion... Solo debo decir, porque no he oido mas tampoco, que debe salir hoy por la mañana.
Matilde. Pero adónde? adónde debe ir? á qué hora?
Gabriel. (*Turbado y dando pasos atrás.*) Pues qué no ha salido?
Matilde. (*Deteniéndole con viveza.*) Sí tal, sí tal... ya ve usted que estamos solos... absolutamente solos. (*Aparte.*) Oh! yo he de averiguarlo.
Gabriel. (*Aparte.*) Solitos... Verdad es... me siento tocado de los nervios á esa idea.
Matilde. Hable usted, don Gabriel. Oh! estoy bien enterada... no tema usted... lo sé todo.
Gabriel. Señora... (*Aparte.*) La centellean los ojos... Si será por mí?
Matilde. (*Yendo á sentarse al sofá.*) Venga usted aqui, y siéntese... á mi lado.
Gabriel. (*Aparte.*) A su lado...! (*Sentándose.*) Soy un dichoso mortal!
Matilde. Usted les oyó darse la cita...? he sido vendida... engañada... no es verdad?
Gabriel. Sosiéguese usted.
Matilde. Yo... estoy serena... tranquila... ya lo ve usted, don Gabriel.
Gabriel. Sí, sí, señora, ya lo veo. (*Aparte.*) Mas parece que está rabiando.
Matilde. Vamos á ver, cómo sabria usted que Federico debia estar fuera á estas horas, si no se lo hubiese oido á Elisa, la esposa del señor Aguilar?
Gabriel. Elisa!
Matilde. Ah! lo ve usted? Conviene usted en ello, lo confiesa?
Gabriel. Yo!

Matilde. Ya se ve, usted queria engañarme al principio... porque temia afligirme... pero ha hecho usted bien de decírmelo al cabo...

Gabriel. Perdóneme usted... yo no he dicho...

Matilde. Sí por cierto.

Gabriel. No por cierto.

Matilde. Ah! viene usted haciéndose ahora el reservado conmigo, señor Arrayan?

Gabriel. Yo, no señora, nada de eso... quisiera por el contrario tener muchos secretos para confiarselos á usted... como la he confiado... el de mi acendrado amor.

Matilde. Sí, sí, ese ya le sé... ya me le ha dicho usted..: y por eso, ya ve usted el cuidado que se me da de la cita que mi marido tiene con Elisa hoy... á las..

Gabriel. A las nueve.

Matilde. (*Levantándose y pasando á la derecha.*) Ah! ella es...

Gabriel. (*Levantándose.*) Cómo?

Matilde. (*Para sí.*) Ella es... no me engañaba... le está aguardando... Bien, iré yo misma... (*A Gabriel.*) El sitio, caballero?

Gabriel. (*Aparte.*) Qué oigo? me he dejado engañar como un chiquillo...

Matilde. El sitio!

Gabriel. Eh! qué le importa á usted eso, si mi amor...

Matilde. El sitio, digo...

Gabriel. No sé... no he oido.

Matilde. Sí señor, sí señor; yo quiero ir... usted me acompañará... me dará usted el brazo.

Gabriel. Yo... ciertamente... si usted quiere... con mucho gusto... (*Ap.*) Que me ahorquen si la llevo adonde está el otro!—Buena se armaria...! La voy á pasear por todas las calles de Madrid.

Matilde. No ha oido usted que le pregunto dónde es el sitio? Pero ah! aqui está él!

Gabriel. (*Viendo á Federico.*) Él! no habia salido...! Misericordia...! buena la hemos hecho.

ESCENA VIII.

MATILDE. DON GABRIEL. FEDERICO.

Federico. (*Sin reparar en ellos.*) Por fin se marcharon...

Elisa me estará esperando! (*Reparando en don Gabriel.*) Ah! don Gabriel aqui...! qué feliz casualidad...?

Gabriel. Una casualidad en efecto... venia... pasaba por ahí... y... (*Aparte.*) Qué cara tan ridícula debo tener en este momento!

Matilde. Don Gabriel se ha quedado sorprendido al verte; ya se ve, te creía fuera.

Federico. A mí? pues quién le ha dicho...?

Gabriel. Permítame usted...

Matilde. Sí, te creía en la cita donde con tanta impaciencia te estarán aguardando á estas horas; no es verdad, señor de Arrayan?

Gabriel. Señora... yo... (*Aparte.*) Dios me valga!

Federico. Cómo? qué es eso?

Gabriel. Yo no he dicho... (*Aparte.*) Estoy en ascuas.

Matilde. Oh! el señor lo ha sabido de un modo muy particular. Yo tambien debia saberlo, si es cierto, como dices, que no tienes secretos para mí; asi es que no queria creerlo hasta que don Gabriel me ha asegurado haber sorprendido ese secreto á la misma persona interesada.

Federico. Eso no puede ser... (*Lanzándole una mirada llena de severidad.*) Caballero...

Gabriel. (*Muy cortado.*) Yo... diré á usted... y suplico á usted que me dispense, porque... Decia á la señora: Suponiendo que su esposo de usted... pero no era mas que una suposicion... ruego á usted que advierta que no era mas que una mera suposicion.

Federico. Si la casualidad, ó cualquiera otra circunstancia, que no puedo adivinar ahora, hubiese instruido á este caballero de un asunto que solo á mí interesa, debe saber que una indiscrecion de su parte mereceria otro nombre...

Gabriel. Cómo qué? Señor don Federico, usted puede estar seguro de que jamas, jamas de la vida diré yo...

Matilde. Lo que sabe...

Gabriel. Saber, yo...! si por no saber ni aun sé lo que me digo.

Federico. (*Bajo.*) Bien está.

Matilde. (*Marcándolo.*) Sí, está muy bien.

Gabriel. (*Mirando á los dos alternativamente y esforzándose para reirse.*) Je! je! je! (*Aparte.*) Será cosa de que esto dure mucho tiempo?

Matilde. Yo por mi parte no insisto mas... ni sé nada... ni quiero saber nada.

Gabriel. (*Aparte.*) Respiro... hace un cuarto de hora que tenia secuestrada esta facultad.

Matilde. (*Mirando á Gabriel.*) Pero voy á salir.

Federico. Tú!

Gabriel. (*Aparte.*) Dios de bondad! Vuelven á la carga!

Matilde. Sí... voy á hacer una visita... á la señora de Aguilar.

Federico. A Elisa!

Matilde. No te incomodes, si tienes que hacer... si no puedes venir conmigo...

Federico. No, no puedo en efecto; no salgo hoy por la mañana. (*Aparte.*) Sabrá acaso...?

Matilde. Don Gabriel, que hace poco me ofrecia el brazo, tendrá la bondad de acompañarme.

Gabriel. Yo, señora. (*Federico se apoya en el ángulo del sofá, y dice en voz baja á Gabriel, que está cerca.*)

Federico. Quédese usted...

Matilde. (*A Gabriel.*) No es verdad?

Gabriel. (*Aparte.*) No hay escape!

Matilde. (*Poniéndose el sombrero.*) Con que vamos?

Federico. Quédese usted.

Gabriel. Qué agonía! (*Aparte.*)

Matilde. Deme usted el brazo.

Federico. Se lo prohibo á usted espresamente. (*Bajo.*)

Gabriel. (*Aparte.*) Qué apuro! Esto es poner á un hombre entre la espada y la pared... (*Alto.*) Señora, siento mucho no poder tener el gusto de... me es imposible en este momento...

Matilde. Me desaira usted?

Gabriel. Nada de eso... pero un negocio urgente... la disputa de anoche.... Tengo que ir á averiguar, antes que pase la hora, cómo ha quedado el lance, porque si el amigo Leopoldo cede, tendré yo que volver por mi honor ofendido...

Federico. Es verdad.

Matilde. Bien, pero como solo se trátaba de dejarme aqui, á dos pasos, en casa de Elisa...

Gabriel. Pero si no está en casa...

Federico. Chist!

Matilde. (*Aparte.*) No es alli.

Gabriel. (*Aparte.*) Qué es lo que he dicho!

Matilde. (*Observando á Federico.*) Entonces me dejará usted en casa de su hermana; vive tambien cerca.

Federico. Sí, eso es, en casa de su hermana.

Matilde. (*Aparte.*) Tampoco es allí.

Gabriel. En casa de su hermana?

Matilde. Ó donde haya ido.

Gabriel. (*Yendo hácia el foro.*) Ustedes me perdonarán... tengo que estar á las doce sin falta en casa de Leopoldo, calle de la Encomienda.

Matilde. (*Que se ha acercado á Federico y le observa.*) Pues bien... todo es camino.

Gabriel. Para la calle de Leganitos...?

Federico. Cielos!

Matilde. (*Aparte.*) Calle de Leganitos... (*Aparte.*) Allí es...

Gabriel. (*Aparte.*) He cometido una bestialidad... (*Alto.*) Es decir, señora... quisiera... no digo que... (*Aparte.*) Pero hay ley de Dios para tener á un hombre en la ridícula posicion en que yo me hallo?

Matilde. (*Sonriéndose con satisfaccion.*) No se molesten ustedes, señores... quédense ustedes los dos si tienen que hacer... Me acompañará un criado... (*Aparte.*) No hay duda, es en casa de la criada que estuvo enferma... Ah! yo la veré antes que él. (*Vase por la derecha.*)

Federico. (*Aparte.*) Lo ha descubierto todo.

Gabriel. (*Ap.*) A solas con el marido... Voy á pasar un rato muy ameno.

ESCENA IX.

FEDERICO. DON GABRIEL.

Federico. (*Estallando.*) Caballero! caballero!

Gabriel. Qué es eso? qué hay?

Federico. Silencio, por su vida! (*Dirígese al foro y mira.*)

Gabriel. (*En el proscenio.*) Eh? por mi vida? por la tuya antes, marido de una sirena engañadora!

Federico. Lo que usted ha hecho es indigno! sus chismes van á ser causa de que mi casa sea un infierno.

Gabriel. Le juro á usted, don Federico, que yo no he

tenido la culpa; su muger de usted me ha cogido á traicion; como soy que me ha cogido á traicion.

Federico. (*Apretándole el brazo con fuerza.*) Silencio! usted ha querido indisponerme con ella... conozco sus intenciones de usted, sus proyectos, pero no le dispensaré á usted el honor de temerle.

Gabriel. Permítame usted; yo jamas he tenido pretension de que nadie me tema, al contrario.

Federico. Silencio, repito. (*Vuelve á subir hácia el foro.*)

Gabriel. No, es que yo tampoco puedo tolerar que me traigan y me lleven como un zarandillo... Si ayer me dieron un bofeton, no es fiesta para todos los dias... y si lo que usted desea es que le dé una satisfaccion, no tiene mas que decirlo... (*Aparte.*) Estrañábame yo que no acabara esto asi...! saldré con algun hueso roto... como siempre.

Federico. (*Volviendo.*) Una satisfaccion, dice usted...? Sí, señor, quiero que me ayude usted á reparar el daño que me ha hecho: ahora mismo va usted á salir en busca de mi muger, y á reunirse con ella.

Gabriel. Oiga!

Federico. Sí, señor, es preciso que la alcance usted, y que la ofrezca el brazo...

Gabriel. Oiga!!

Federico. Háblela usted mal de mí, dígala usted lo que quiera, no me da cuidado.

Gabriel (*Aparte.*) El demonio del fátuo!

Federico. Se brindará usted á acompañarla hasta la calle de Leganitos... ella aceptará... pero cuidado con ir muy despacio, con hacerla rodear mucho: en fin, es preciso que se componga usted de modo que llegue á esa casa lo mas tarde posible.

Gabriel. Muy bien... y entre tanto... usted... (*Aparte.*) Pues voy á hacer un buen papel.

Federico. Caballero, no por esto haga usted suposiciones, que serian todavía mas injuriosas á mi honor que al suyo propio; todo es falso, entiende usted? todo... ahora, dése usted prisa... corra usted...

Gabriel. Voy volando. (*Aparte.*) Oh! si yo pudiera hacértelas pagar todas juntas. (*Federico le mira.*) Ya me marcho, ya me marcho.

ESCENA X.

FEDERICO. *Poco despues* ELISA.

Federico. No sé qué resolver ahora... Si ese hombre fuese capaz de descubrirme... La esposa de don Fernando me acaba de escribir diciéndome que vaya sin falta, que se halla en un grave riesgo... La enviaré á decir... no, iré yo mismo, es preciso que llegue antes que ellos, antes que Matilde. (*Viendo entrar á Elisa.*) Cielos! usted aqui, Elisa.

Elisa. Sí, señor; (*Apoyándose en la puerta.*) muerta de impaciencia y zozobra.

Federico. (*Abriendo la ventana y mirando adentro.*) Temo que mi muger...!

Elisa. Oh! que no me vea, que no me vea nadie.

Federico. Tranquilícese usted, señora; no está en casa.

Elisa. (*Dejándose caer en un sillon próximo á la puerta.*) No puedo mas; las fuerzas me faltan; he estado esperando á usted llena de ansiedad en casa de esa muger, hasta que ha pasado la hora.

Federico. Detenido por una visita de su esposo de usted, me ha sido imposible...

Elisa. De Fernando?

Federico. Sí, señora; venia á presentarme al jóven Leopoldo.

Elisa. (*Levantándose de pronto.*) Leopoldo con mi marido! ah...! de ese jóven es de quien venia á hablar á usted.

Federico. Cómo? de ese jóven...?

Elisa. Federico, escúcheme usted. Varias veces me ha hablado usted de la amistad desinteresada y sincera que me profesaba. En el dia necesito un apoyo y acudo á usted, esperando que cuando vengo confiada en el honor, en la lealtad de un amigo, éste no me dejará marchar de su casa con la idea de que no era digno de escucharme.

Federico. Qué turbacion! (*Alto.*) Hable usted, señora; en qué puedo ser á usted útil?

Elisa. Leopoldo fue insultado ayer noche en mi casa por el vizconde del Roble, que le echó en cara su nacimiento: esa desagradable ocurrencia ha llenado de afliccion á su pobre madre.

Federico. A su madre? Leopoldo no conoce á la suya.

Elisa. Pero yo la conozco, caballero.

Federico. Usted?

Elisa. (*Reprimiéndose.*) Sí, la conozco; es una amiga de infancia... Cuánto ha sufrido la desventurada...! Si usted hubiese presenciado hace poco su desesperacion como yo, la tendria lástima.

Federico. Pero quién es? quién es?

Elisa. Ah! no me pregunte usted su secreto, porque si se le revelara comprometeria el honor de muchas personas: el hombre á quien debe su desgracia hace ya mucho tiempo que no existe, y á la par de él yacen tambien en el sepulcro los que engañaron á un hombre honrado con su silencio; su silencio, que ella tantas veces ha maldecido. Esa muger, sin ventura, está espiando en el dia el crimen de los demas por ese secreto que debe morir con ella y conmigo; juzgue usted si tendrá interes en que no se descubra, cuando me obliga á dar este paso con usted, en quien las dos tenemos confianza, porque la sola idea de que mi marido llegase á saber el motivo que aqui me habia traido, de que su esposa de usted le habia descubierto, la mataria.

Federico. Gran Dios...! Bien está, señora... Y qué puedo yo hacer por ese jóven?

Elisa. En el dia se halla solo en el mundo, porque el cielo acaba de arrebatarle el hombre á quien fue confiada su juventud.

Federico. Ese abogado...! Don Vicente del Pino!

Elisa. Desde la muerte de ese sugeto, Leopoldo se encuentra sin una persona que en defecto de su madre pueda mirar por su existencia, velar por sus dias.

Federico. Pero y usted, señora?

Elisa. Yo! (*Esforzándose para sonreirse.*) Oh! ella no quiere; teme la suspicacia de mi marido; qué sé yo...? Sin embargo, yo seré siempre la que le hable á usted de su hijo, si usted acepta... Oh! sí... no me negará usted el favor que le pido en nombre de dos desgraciados.

Federico. (*Dándole la mano.*) Ha podido usted dudarlo, señora? Sí, seré su amigo, mi casa será la suya, yo respondo de él! pero el señor de Aguilar se ha tomado por

ese jóven tanto interes como usted misma manifiesta, porque esta mañana me ha hablado de colocarle fuera de Madrid.

Elisa. A Leopoldo...! alejarle de su madre, que no le volverá á ver mas tal vez...! Oh! no, no, que no los separen por Dios!

Federico. La ocurrencia de anoche nos infundia algun recelo...

Elisa. Eso es lo que me tiene... (*Reprimiéndose.*) lo que nos tiene aterradas á las dos; y por lo mismo, Leopoldo debe haber recibido á estas horas una carta de... (*Deteniéndose.*) una carta de su madre... la primera! Le suplica de rodillas que viva por ella que le quiere tanto; pero acaso esa desventurada madre tiene derecho de exigir nada de su hijo?

Federico. Tranquilícese usted; el vizconde del Roble es amigo mio, yo hablaré con él.

Elisa. Oh! sí, porque si volviesen á verse, á insultarse nuevamente...

Federico. (*Escuchando.*) No; deje usted todo recelo. Pero... (*Aplicando el oido hácia el foro.*) qué es esto...? me parece haber oido...

Fernando. (*Dentro.*) Gracias! es inútil.

Elisa. Mi marido! Soy perdida.

Federico. Huya usted pronto.

Elisa. Oh! que este secreto sea inviolable.

Federico. Señora... (*Abrese la puerta del foro.*) Ya no es tiempo. (*Elisa se esconde en el hueco de la ventana, y se oculta detras del cortinage.*)

ESCENA XI.

FEDERICO. DON FERNANDO. ELISA, *oculta.*

Fernando. Siento incomodar á usted.

Federico. A mí...? (*Mirando al rededor suyo y no viéndola.*) Ah! respiro.

Fernando. Usted se sorprenderá de verme por aqui otra vez: vengo del banco, y no he querido pasar por delante de esta casa sin subir á dar á usted un consejo saludable. Pero qué es eso? parece que está usted inquieto, sobrecogido.

Federico. No, no... todo al contrario.

Fernando. Usted me ha hecho un favor y quiero devolvérsele; ademas, que entre maridos debemos protegernos mútuamente, siquiera por espíritu de corporacion.

Federico. Esplíquese usted.

Fernando. Acabo de tener un encuentro que me ha sugerido ciertas ideas... Amigo mio, un fátuo, de quien debemos desconfiar, don Gabriel del Arrayan, frecuenta nuestras dos casas. Es un ente que á mí me parece muy ridículo, pero esta no es una razon para que á todo el mundo le parezca lo mismo. Acabo de encontrarle...

Federico. Con mi muger?

Fernando. No he dicho eso.

Federico. Es que yo lo sé.

Fernando. Ah! siendo asi, la cosa varía de aspecto. Me habia alarmado, la verdad: y como su muger de usted es algo celosa, venia á aconsejarle que no la apurara demasiado, porque las mugeres tienen la cabeza ligera, y en disparándose son terribles; pero una vez que ha sido usted mismo el que se la ha confiado á don Gabriel...

Federico. Y sin miedo alguno, puede usted creerlo.

Fernando. A la hora en que precisamente debia estar descansando de las fatigas del baile como mi muger? en fin, bueno. — Ya que estoy aqui, y le veo á usted desocupado...

Federico. Sí señor.

Fernando. Va usted á tener la bondad de darme la carta que me prometió para su cuñado de Cádiz.

Federico. Al instante. Si usted gusta pasar á mi despacho...

Fernando. Con mil amores. (*Da algunos pasos y vuelve.*) Espero que esa carta me sirva de mucho, á pesar de que el tronera de Leopoldo me trae hoy algo asustado.

Federico. Cómo?

Fernando. Qué quiere usted? esos diablos de muchachos tienen los cascos tan ligeros...! Verdad es tambien que yo no he intentado detenerle contra su voluntad: sé lo que es un lance de honor, un desafio entre personas de buena sociedad.

Federico. Pues qué! Leopoldo...?

Fernando. (*Encaminándose hácia el despacho.*) Se bate hoy mismo.

Elisa. (*Exhalando un grito mal reprimido detras de la colgadura.*) Ah!

Federico. (*Aterrado.*) Cielos!

Fernando. (*Mirando.*) Eh? qué es lo que he oido! (*Reparando que la colgadura se mueve.*) Ha sido ahí... (*Mirando á Federico.*) Usted no estaba solo?

Federico. Sí, sí... habrá sido figuracion... (*Balbuciente.*)

Fernando. (*Yendo hácia el balcon.*) Ese grito... Habrá sido algun desmayo.

Federico. (*Poniéndose delante de él y cerrándole el paso.*) No, no.

Fernando. (*En voz baja.*) Federico! ah! qué mal hace usted! Una muger aqui... y la otra tiene celos! — Infeliz Matilde! usted no sabe lo que es ese martirio!

Federico. No, no, le juro á usted por mi honor...

Fernando. (*Bajando la voz.*) Socórrala usted: que se marche, yo me retiro.

Federico. (*Empujándole hácia el despacho.*) Sí, sí, soy con usted al punto.

Fernando. (*Alzando la voz.*) En el despacho aguardo. (*Vase por la puerta de la izquierda. Federico cierra la puerta.*)

ESCENA XII.

FEDERICO. ELISA.

Elisa. (*Separando la colgadura y con voz ahogada.*) Mi hijo...! Salve usted á mi hijo!

Federico. Señora...

Elisa. Es mi hijo.

Federico. Oh! mas bajo.

Elisa. Sálvele usted... Todavía es tiempo. Es preciso ver inmediatamente al vizconde; dígale usted que conoce á su madre... á su madre... Oh! por piedad, por piedad que no se efectúe ese desafio... Me moriria de dolor!

Federico. Yo respondo de él, señora; pero huya usted pronto... pronto.

Elisa. Sí, sí, corramos los dos. (*Dirígese precipitadamente hácia el foro para marcharse. Ábrese á este tiempo la puerta, y aparece Matilde pálida, convulsa, fuera de sí.*)

ESCENA XIII.

DICHOS. MATILDE.

Federico. Matilde!

Elisa. (*Apoyándose en un sillon*) Cielos!

Matilde. (*En el dintel de la puerta.*) Ah! bien lo sospechaba yo! estaban aqui!

Federico. Silencio. (*A Elisa.*) Serénese usted, señora.

Matilde. Llego á muy mala hora, no es verdad? Soy muy indiscreta, en efecto! (*Con ironía.*)

Elisa. Ah! señora, por compasion...

Matilde. (*Bajando furiosa hácia la izquierda del proscenio.*) Pero que salga... que salga al punto esta muger de aqui... lo oye usted, caballero?

Elisa. Oh! desventurada de mí! (*Ocultándose el rostro entre las manos.*)

Federico. (*A Elisa.*) Señora, por usted misma retírese usted, y cuente con mi respeto.

Matilde. Con su respeto!

Federico. (*Mirando á Matilde con imperio.* Y con el suyo tambien.

Elisa. (*Desde el foro y en ademan de súplica.*) Oh! la hora se acerca... Por compasion, señor de Mendoza. (*Señalando al reloj.*)

Federico. Voy corriendo. (*Elisa se va.*)

ESCENA XIV.

MATILDE. FEDERICO. *Despues* DON FERNANDO.

Matilde. (*Cogiendo á Federico por el brazo.*) Y dónde vas? dónde?

Federico. Silencio! Déjame... Ni una palabra de esto... lo oyes? á nadie.

Matilde. (*Exasperada.*) Quién? yo callarme! Cuando eres un ingrato, un infame!

Federico. Matilde!

Matilde. Sí, un infame! ah! no me aguardabais... me engañabais todos... pero por fin os he descubierto.

Federico. Calla, calla, y retírate.

Matilde. No, no lo esperes... has de oirme.

Fernando. (*Saliendo por la izquierda.*) Qué ruido! esas voces...

Matilde. (*Estupefacta.*) Don Fernando aqui!

Federico. (*Queriendo disimular.*) Oh! nada... una suposicion ridícula.

Matilde. El señor lo dice... y basta. (*Con ironia.*)

Fernando. Adivino lo que puede ser; una señora qué ha visto usted salir de aqui, no es verdad... sé quién es. (*Bajo á Federico.*) Imprudente! qué le decia yo á usted.

Matilde. No, señor de Aguilar, no, usted no sabe, ni puede saber...

Federico. Matilde!

Fernando. Esa señora ha venido á consultar á su esposo de usted sobre un pleito...

Matilde. (*De pronto.*) No es cierto.

Fernando. Yo mismo la he acompañado...

Matilde. (*De pronto.*) A Elisa! (*Federico agarra del brazo á Matilde, que da un grito.*) Ah! me haces mal.

Fernando. Mi muger! (*Palideciendo de pronto y observándolos fijamente.*)

Federico. No la escuche usted... está demente... es una locura, una pasion desenfrenada que causará la desgracia de todos los que la rodean. (*A media voz y mirando á Matilde.*) Su muerte! (*Don Fernando pasa á colocarse en medio de ellos.*)

Matilde. (*Aterrada por las miradas de don Fernando.*) Ah...! dice bien... ha sido una equivocacion... yo no sé, no he visto... es imposible...

Fernando. (*Yendo á Federico.*) Mi muger se llama Elisa, caballero.

Federico. Juro á usted...

Fernando. No, oh! no... no lo creo... si fuese cierto... Oh! yo lo sabré... (*Vase precipitadamente por el foro.*)

ESCENA XV.

MATILDE. FEDERICO.

Matilde. Federico!

Federico. Gózate en tu triunfo... nos has perdido.

Matilde. Ah! perdóname... pero lo que tú has hecho es infame, indigno...! Dónde intentas ir?

Federico. No me quedan mas que algunos instantes, Elisa...

Matilde. Quieres ir á defenderla?

Federico. Qué te importa...? déjame.

Matilde. (*Lanzándose á la puerta.*) No! no saldrás.

Federico. Qué es lo que dices? Matilde!

Matilde. (*Precipitándose á la otra puerta.*) Digo que no saldrás.

Federico. Dame esas llaves... pronto, esas llaves.

Matilde. No lo esperes.

Federico. (*Yendo á ella.*) Esas llaves... lo exijo, lo mando.

Matilde. Vé á buscarlas. (*Arroja las llaves por la ventana.*)

Federico. Infeliz! (*Empuja violentamente la puerta del foro.*)

Matilde. No, no quiero...! Una vez que tú no tienes piedad de mí, yo tambien seré cruel, inexorable. (*La puerta cede. Matilde le agarra del brazo.*) Ah!

Federico. (*Cogiéndola del brazo y trayéndola en medio de la escena.*) Desdichada! Déjame... déjame. Un hombre muere tal vez en este momento, y eres tú... es tu loca pasion la que le asesina! (*Matilde cae de rodillas: Federico se va precipitadamente por la puerta del foro, que ha cedido á sus golpes.*)





Acto tercero.

El teatro representa un gabinete en casa de Aguilar. La puerta de entrada al foro. A la derecha la del cuarto de Elisa. A la izquierda la del despacho de don Fernando. Un tocador á la altura de la primer caja de la derecha.

ESCENA PRIMERA.

ELISA. JACINTA. *Poco despues* DON FERNANDO.

(*Al levantarse el telon aparece Jacinta arreglando el gabinete; Elisa sale á poco precipitadamente y como asustada; trae un gorro de color oscuro, vestido azul y un albornoz escocés.*)

Elisa. (*Al salir.*) Jacinta! Jacinta! (*Entrégala apresuradamente el albornoz y el sombrero, y se deja caer en un sillon delante del tocador.*) Era él! no bien me habia escapado de la persecucion de don Gabriel... y mi hijo, mi hijo!

Fernando. (*Apareciendo fuera de sí en la puerta de entrada y deteniéndose.*) Ah! (*Elisa le vuelve la espalda y se pone á arreglarse el peinado al tocador, aparentando una gran serenidad: despues de un momento de silencio, Fernando se vuelve hácia el foro como si hablara con alguno dentro.*) Está bien... tenga usted la bondad de aguardar un momento.

Elisa. (*Volviéndose con frialdad.*) Ah! eres tú?

Fernando. Llegas ahora?

Elisa. Yo! Jacinta me acaba de peinar, iba á salir.

Jacinta. Aqui estan el sombrero y el albornoz. Mi señor perdonará si encuentra esto desarreglado, porque su esposa acaba de levantarse, y...

Fernando. (*Observándolas.*) Bien está; déjanos solos.

Elisa. Sí; llevate todo eso á mi cuarto; me concluiré de arreglar alli. (*Se levanta.*)

Fernando. Espera un momento. (*A Jacinta.*) Jacinta tiene que ver qué es lo que quieren ahí fuera... que avise á Pedro...

Jacinta. (*Yendo hácia la puerta.*) Voy allá, señor. (*Al tiempo de marcharse y aparte.*) Calla, el señor don Gabriel...! Cómo viene de barro...! se habrá caido. (*Fernando la mira.*) Voy... voy corriendo. (*Vase.*)

ESCENA II.

ELISA. DON FERNANDO.

Elisa. Perdona si te dejo... tengo que concluir de arreglarme.

Fernando. De arreglarte? no, estás como edbes estar... de mañana... (*Examinando el trage.*) Y aun cuando hubieses salido...

Elisa. Oh! no, estaba muy cansada... pero no quisiera quitarte tus ocupaciones... si has vuelto á casa por algun negocio...

Fernando. (*Deteniéndose.*) No, nada de eso; celebro al contrario que me hayan dejado solo contigo, porque estoy algo desazonado á consecuencia de una escena que acabo de presenciar.

Elisa. Tú! en efecto, traes el semblante descompuesto.

Fernando. Sí, vengo de casa de Federico... (*Elisa se vuelve disimuladamente, y su marido la observa en el espejo.*) de Federico Mendoza... y su muger acaba de moverle un escándalo en un rapto de celos.

Elisa. Está celosa? é injustamente quizás? hace mal en dejarse dominar de esa pasion.

Fernando. Tú piensas de ese modo...? y tienes razon en verdad; pero cómo ponerse en guardia contra una sospecha que le consume á uno y no le deja vivir...? Esa pa-

sion es un suplicio, pero un suplicio lento, horrible, que nos arrebata cien veces mas que la vida... sí, nos arrebata la felicidad, la confianza, el sosiego...! es la pérdida de todas las ilusiones...! (*Estallando.*) Es el infierno en la vida, sépalo usted.

Elisa. (*Con temor.*) Ah! me has dado miedo.

Fernando. (*Serenándose.*) Perdona; no sé en qué estaba pensando... tengo... tengo lástima de la pobre Matilde: ama tanto á su marido! Y si ha sido tan vilmente engañada, es de compadecer en efecto una pobre muger que no tiene mas defensa que sus lágrimas! (*Exaltándose gradualmente.*) Un hombre es diferente, sabria vengarse, sabria lavar su afrenta con sangre!

Elisa. (*Con temor.*) Fernando...! (*Dominándose.*) Pero qué viso de razon hay en que Federico, tan reflexivo, tan honrado, la engañe asi? Sería imperdonable.

Fernando. Pues sin embargo la engaña.

Elisa. Él!

Fernando. Sí, él; es un infame: se complace en desgarrar el corazon de una esposa jóven y bella, y hay en el mundo, en nuestra misma sociedad, una muger tan vil, tan despreciable, que acepta gustosa la complicidad de su crimen: tú la conocerás?

Elisa. (*Con frialdad.*) No.

Fernando. Yo tampoco; hoy se hallaba en su casa al mismo tiempo que yo fuí... (*Observándola en el espejo.*) porque he salido... temprano... antes que tú.

Elisa. Antes que yo! Sí...

Fernando. No has salido, es verdad. Estaba en su casa... oh! yo no he logrado verla; pero Matilde la ha visto, ó por mejor decir ha creido verla, porque es imposible! (*Violentándose para sonreirse.*) A que no adivinas qué persona ha nombrado en medio de su rapto?

Elisa. Ah! con qué ha nombrado á la persona?

Fernando. Sí, á una muger estimada de todos los que la conocen, adorada por un marido que hace quince años se desvela á fuerza de cuidados, de confianza y de cariño, por conseguir un amor que es para él la felicidad, la vida! á una muger á la cual sería preciso arrancarla el corazon si fuese capaz de encerrar

tanta vileza y perfidia; y esa muger que ha nombrado... (*Haciéndola volver, y clavando en ella sus miradas.*) esa muger, eres tú!

Elisa. (*Levantándose.*) Yo!

Fernando. Sí, tú...! su querida! y...

Elisa. (*Deteniéndole.*) Caballero...! á esas palabras no hay mas que una respuesta posible, el silencio y el desprecio.

Fernando. Elisa!

Elisa. (*Cambiando enteramente de tono.*) Perdona, tengo que salir; voy á mi cuarto... hasta despues. (*Entra en su cuarto.*)

ESCENA III.

DON FERNANDO.

Oh! no, no... esa serenidad... ese aire imponente no pueden engañarme... Engañarme ella! oh! mas quisiera la muerte! Y en ese caso, al traidor, al infame que ha despertado en mí nuevamente esta funesta pasion... iría á él, y toda su sangre... (*Conteniéndose.*) Oh! á cada paso me abandona la serenidad...! me he visto avergonzado delante de ella... no he podido contener mi arrebato... y por qué? qué pruebas tengo, qué indicios para acusarla? He de dar fé á las palabras de una muger celosa, fuera de sí? y porque haya pronunciado su nombre en un rapto de furor, un nombre que en seguida ha negado, he de echar en olvido quince años de constancia, de felicidad... (*Asaltado por otra idea y estallando.*) Pero por qué se puso pálido aquel hombre...? Por qué temblaba...? Quién era aquella muger que estaba allí, que se estremeció á mi voz? Ah! yo debia haber arrancado aquella colgadura, y haberla arrastrado á ella hasta los pies de su cómplice... debia con mano desesperada... (*Cayendo en un sillon.*) Ah! yo pierdo el juicio! me vuelvo loco! me muero!

ESCENA IV.

DON FERNANDO. DON GABRIEL.

Gabriel. (*Desde la puerta.*) Gracias, amigo, gracias; ya

está bien, me ha dejado usted como nuevo. (*Saliendo.*) Maldito cabriolé, y malditas lluvias! Pero ya que estoy aqui, no quiero marcharme sin dar las gracias por su hospitalidad al bueno de don Fernando.

Fernando. (*Volviéndose.*) Han pronunciado mi nombre!

Gabriel. (*Reparando en él.*) Ah! él es. Amigo, puede usted vanagloriarse de tener un criado que maneja el cepillo á las mil maravillas. En un cuarto de hora me ha dejado como una patena... Mire usted... ya no se conoce... y estaba que no habia por donde cogerme... hecho una plasta...! (*Riendo.*) Ja! ja! ja, maldecido cabriolé...! Daba compasion... y porque quise meterme en una guantería... "Puf, quite usted allá," me dijo la buena de la guantera haciendo aspavientos... (*Cambiando de tono.*) Y me dió con la puerta en los hocicos! Estúpido cabriolé, y mas estúpido el que iba dentro de él!

Fernando. Tenia usted mas que averiguar quién era?

Gabriel. Ese era mi intento, pero tenia los ojos obstruidos... si me ha entrado el barro hasta por las ventanas de la nariz... y lo que mas rabia me ha dado, es que el amo del tal elemento se iba riendo... (*Riéndose de indignacion.*) Ah! ah! ah...! y sería algun médico... pero yo me vengaré!

Fernando. Celebro haber tenido ocasion de poderle ser á usted útil, aunque siento el motivo; y le deseo mejor suerte para en adelante.

Gabriel. Bien puede usted decirlo, porque desde anoche parece que estoy de vena: aqui un bofeton, y en casa de don Federico Mendoza esta mañana...

Fernando. (*Cogiéndole del brazo.*) En casa de Mendoza esta mañana? qué habla usted de Federico? le ha visto usted hoy?

Gabriel. Toma! y á su muger tambien. Otro matrimonio que tal!—Dios me libre...! Si vuelvo á poner jamas alli los pies...

Fernando. Sí, han tenido una disputa, no es verdad? una quimera por celos?

Gabriel. En la que me he encontrado metido de patitas de una manera atroz; el marido por un lado, la muger por el otro; el uno que me mandaba callar, la otra que queria que hablase; Federico que tenia una cita...

Fernando. (*De pronto.*) En su casa?

Gabriel. Al contrario... es decir, no habia tal cosa, y ella empeñada en que le estorbase que fuera, y él obstinado en que yo acompañase á su muger, la cual queria llegar la primera, mientras que el marido por su lado... qué sé yo...? maldito si he podito entender una palabra.

Fernando. Pero en fin, Matilde le diria á usted...

Gabriel. Ah! sí, me dijo... ahi está lo mas chistoso... Cuando llegamos, y no encontró á nadie en casa de la vieja, una pobre muger que vive en la calle de Leganitos, en una bohardilla... ciento veinte escalones nada menos... y una soga para agarrarse... Yo entré jadeando, con un palmo de lengua fuera... pero ella... sí... luego que no vió á nadie, se puso encarnada, amarilla, verde, qué sé yo de cuántos colores... los ojos la echaban chispas. "Salga usted de aqui," me dijo, á mí! á mí! "Usted está de inteligencia con mi marido, usted me ha traido aqui engañada!" A la calle de Leganitos figúrese usted...! Como si cuando uno hace la corte á una muger...

Fernando. Qué dice usted?

Gabriel. Cómo? (*Aparte.*) Bruto de mí, qué es lo que he dicho?

Fernando. Prosiga usted... Volvió usted despues á casa de Mendoza?

Gabriel. Nada de eso; entonces fue cuando encontré á mi bella del albornoz escocés y el sombrerito color de granate.

Fernando. Eh?

Gabriel. Hablo de una bella con albornoz escocés, y el sombrerito color de granate que ha sido la causa de mi desgraciado encuentro con el cabriolé. Una señora que al pasar por mi lado en la esquina de una calle, hizo una esclamacion, dió un grito por este estilo... Ah!

Fernando. (*Reflexionando.*) Es particular.

Gabriel. Sí, pero era una aventura que no se presentaba de un modo desagradable.

Fernando. Con que un albornoz escocés!

Gabriel. Y un sombrero color de granate.

Fernando. Y logró usted ver á la que lo llevaba?

Gabriel. Sí, algo vi; el pie, el aire, el cuerpo... pero en cuanto á la cara, Dios guarde á usted muchos años...

porque llevaba un paso... ah! por mas señas que al volver una esquina reparé que el vestido era azul.

Fernando. (*Muy agitado.*) Vestido azul...! Siga usted.

Gabriel. El grito que habia dado y el paso que llevaba, picaron mi curiosidad... yo, que soy naturalmente algo arriscadillo, apreté á andar detras de la bella... Pero yo estoy haciéndole á usted perder el tiempo con cosas que no le interesan...

Fernando. (*Deteniéndole.*) Nada de eso! continúe usted... Con que un albornoz escocés?

Gabriel. (*Muy de prisa.*) Gorro color de granate... y vestido azul. Como decia, iba ya á darla alcance, cuando al llegar á la Puerta del Sol se metió en un coche alquilon, que sin duda la esperaba, y al subir me hizo un gesto de...

Fernando. De temor?

Gabriel. Ó de amistad... asi... (*Haciendo una seña con la mano.*) lo cual quiere decir, amor, silencio y otro sin número de cosas... Desgraciadamente no habia por alli ni un mal calesin que alquilar; pero yo tengo buenas piernas, y ya me disponia á seguirla al escape, cuando al atravesar de una acera á otra la calle del Cármen pasa corriendo un cabriolé y zás...! me pone de barro de los pies á la cabeza... Todo el mundo se echó á reir... y yo, confuso é indignado, tomé por las callejuelas el camino de su casa de usted, que era la mas inmediata.

Fernando. (*Aparte.*) Oh! quiera Dios que sean vanas mis sospechas! (*Alto.*) Y si usted volviese á ver á esa muger que ha encontrado y seguido tan cerca... la conoceria?

Gabriel. En seguidita... todavía me parece que la estoy viendo... con su albornoz escocés, su gorro color de granate, su vestido azul... y...

ESCENA V.

DICHOS. ELISA, *con el trage que se acaba de citar.*

Elisa. (*Saliendo de su cuarto, y hablando dentro.*) Sí... salgo... por una hora solamente.

Gabriel. (*Viéndola.*) Jesucristo!

Elisa. (*Aparte.*) Don Gabriel...

Fernando. (*Observándolos.*) Ah!

Gabriel. (*Aparte.*) Pues es la misma... idéntica!

Fernando. (*Haciendo por sonreirse.*) Verdad que sí? es cosa singular.

Gabriel. (*Estupefacto.*) No tal... no digo que...

Fernando. Sí por cierto... exactamente idéntica... albornoz escocés, sombrero... hasta el vestido azul... (*Riendo.*) Ja! ja! ja!

Gabriel. Pero qué... (*Aparte.*) Calla! y se rie... se rie!

Elisa. Señores, con permiso... voy á salir.

Fernando. (*En voz baja y deteniéndola.*) Otra vez...

Elisa. Fernando!

Fernando. (*Sonriéndose.*) Por Dios, no te vayas tan pronto, Elisa; don Gabriel creerá que huyes de él.

Gabriel. Yo! qué disparate...! si he tenido solamente esa idea que... (*Aparte.*) Otro atolladero...! Dios quiera que no salga peor que del otro!

Elisa. No entiendo...

Fernando. No... tienes razon... tú no puedes saber... figúrate que eres para él una aparicion... porque hace un instante acaba de contarme el encuentro que ha tenido esta mañana, antes de mi venida, con una señora del mismo porte... el mismo trage.

Elisa. Es posible!

Gabriel. No, no era enteramente igual que digamos... el color... el albornoz... él, en fin... y yo... ya se ve... toma! (*Aparte.*) Estoy sudando.

Fernando. (*Riendo.*) No parece sino que quiere usted tranquilizarme ahora... Ja! ja! ja!

Elisa. (*Aparte.*) Oh! yo fallezco.

Fernando. (*Tomando un tono superficial.*) La verdad es, si yo no estuviese seguro de que á la hora de ese encuentro novelesco, mi muger estaba acostada muy tranquilamente en su cama... donde la encontré dormida hace poco...

Gabriel. Sí, eh? ja! ja! ja!

Fernando. (*Riendo mas fuerte.*) Hace un instante... Ja! ja! ja! (*Acercándose á Elisa.*) Ríase usted tambien, señora... usted misma se pierde!

Elisa. (*Violentándose para reirse.*) Yo... en efecto, sí, es...

Fernando. Un lance chistoso... ja! ja! ja! No es verdad? (*A don Gabriel.*)

Gabriel. Muy divertido... ja! ja! ja! (*Aparte.*) Este hombre tiene un modo de reirse que da frio.

Fernando. Qué es eso, señor don Gabriel? nos deja usted

ya? Va usted á ver si encuentra á su hermosa desconocida.? (*Echando una mirada á Elisa.*)

Gabriel. No, no, renuncio á ella generosamente... he perdido mucho tiempo charlando de ella... y usted tambien... lo que quiero saber ahora es el resultado del desafio de Leopoldo y el vizconde del Roble.

Elisa. (*De pronto.*) Ah! qué dice usted? (*Aterrada por una mirada de don Fernando.*) Han ido ya... sabe usted...

Gabriel. Sí por cierto; Leopoldo estaba ansioso de vengar su honor y el mio... sino hubiera ido él, yo mismo...

Fernando. (*A su muger.*) Esa agitacion... Tanto se interesa usted por ese jóven...?

Elisa. Yo!

Gabriel. (*Aparte.*) Otra tenemos? no vuelvo á hablar palabra... Soy mudo.

Federico. (*Dentro.*) Entre usted, Leopoldo, entre usted.

Gabriel. Ahí le tienen ustedes.

Elisa. Ah!

Fernando. Señora... (*Viendo á Federico.*) Él es. (*Se hace violencia para contenerse.*)

ESCENA VI.

DICHOS. FEDERICO. LEOPOLDO.

Federico. Venga usted, venga usted á dar un abrazo á sus amigos.

Elisa. (*Aparte con alegria.*) Se ha salvado!

Gabriel. El bueno de Leopoldo! (*A Federico.*) Ha estado usted delante?

Federico. Sí por cierto, y pronto á batirme si hubiera sido preciso.

Leopoldo. Mil gracias.

Fernando. (*Mirando á su muger, que no puede ocultar su conmocion.*) Ya entiendo entonces por qué era su agitacion!

Gabriel. Era asunto que nos interesaba á los dos...! Con que es decir que el fátuo del vizconde ha llevado su merecido? — Bravísimo...! asi aprenderá á no ser largo de manos... Pero no le habrá usted muerto, cuando le veo á usted aqui?

Federico. (*Con intencion.*) Ni herido tampoco. (*Movimiento de satisfaccion de Elisa, que se habrá sentado.*)

Gabriel. Es posible!

Leopoldo. No ha sido por culpa mia.

Federico. Se ha cortado el lance, y de un modo muy honroso para Leopoldo, pues estaba yo allí.

Fernando. (*Con ironía.*) Con efecto, es una garantía.

Gabriel. Qué me cuenta usted...! se han arreglado...! Poquito á poco, es que si se han arreglado, yo no me arreglo.

Leopoldo. Yo por mi parte he cedido hasta donde el decoro lo permite: ayer, esta mañana tal vez no lo hubiera hecho, porque la vida era una carga para mí, y deseaba la muerte; pero desde hace una hora mi suerte ha cambiado... ha vuelto á renacer en mi corazon la esperanza... ya no estoy solo en el mundo... tengo una madre!

Fernando. (*Aparte.*) Qué es lo que dice! una madre!

Leopoldo. Una madre que me manda vivir para que ella pueda reclamar una existencia que quiere embellecer... una madre á quien veré pronto tal vez... Oh! desde que he tenido esa noticia, lo confieso, he cobrado apego á la vida... hubiera sentido tener que arriesgarla, porque me ocupaba un pensamiento mi madre...! abrazar á mi madre!

Gabriel. Todo eso es muy santo y muy bueno! pero dispense usted que le diga, que hay por medio una bofetada dada... y lo que es peor, recibida.

Federico. Y qué le importa eso al señor, que no la ha recibido?

Gabriel. Ya! pero á mí sí, que he sido el paciente... Hola! hola! con que se le da una satisfaccion á este caballerito, que no ha sido insultado mas que en lo moral... y á mí, que se me ha insultado tan en lo físico que por poco me hunden un carrillo... Pues me gusta...! el señor, que se contente si quiere con eso... pero yo, que he sido afrentado delante de todo el mundo...! No, señor, no! he cedido la vez á Leopoldo, porque él la reclamaba como primer ofendido... pero ya que renuncia á ella, venga acá otra vez... yo me las arreglaré con el de las gafas.

Federico. Eh! no hará usted tal.

Gabriel. Sí que lo haré! el lance se ha divulgado... como que la bofetada se oyó en toda la sala...! es preciso que mi mejilla sea lavada... y lo será inmediatamente.

Leopoldo. Deténgase usted. Si la satisfaccion que me ha dado el vizconde del Roble, y que yo he admitido, no le basta... yo salgo por él, y estoy pronto á seguir á usted.

Elisa. (*Levantándose, aparte y con temor.*) Ah! otra vez...

Federico. Eh! qué van ustedes á hacer? eso es una locura.

Fernando. (*Pasando á colocarse entre Federico y Gabriel.*) Sí, el señor dice bien, es una locura...! Batirse! batirse por las insensatas palabras de un fátuo que solo á él han podido deshonrar! Exigir una reparacion sangrienta... sin admitir escusa ni retractacion por una espresion soltada en un momento de irreflexion y acaloramiento! Es peor que locura, es una sandez... Pues qué mas exigirian ustedes si ese fátuo fuese un infame! si su yerro fuese un crimen? qué mas exigirian ustedes... si ese hombre se hubiese vendido por amigo suyo... hubiese dado á ustedes mil veces la mano con fingida cordialidad, y se hubiese valido de la confianza que en él hubiesen puesto para arrebatarles mas que su bienestar... mas que la vida... un corazon que ustedes apreciasen en mas que todo eso... y el honor! entienden ustedes, señores, el honor? Entonces sí que se hace necesario un duelo á muerte! entonces sí que es necesario sangre! entonces sí que el que vacila ó retrocede es un cobarde... (*Apretando el brazo con fuerza á Federico.*) No es verdad, caballero?

Federico. Señor de Aguilar...!

Elisa. (*Acercándose.*) Gran Dios!

Leopoldo. Qué es esto?

Gabriel. (*Aparte.*) Que me ahorquen si entiendo una palabra.

Fernando. Pero perdonen ustedes... yo me acaloro sin motivo, olvido que esto no es mas que un proyecto descabellado... que no debe tener resultados... pues ya les han dado á ustedes una satisfaccion.

Gabriel. Yo no la admito... la recuso.

Fernando. Puede usted hacer lo que guste. Por lo que á usted hace, Leopoldo, sírvase usted pasar á mi despacho... por ahí. (*Bajo á Elisa.*) Aguárdame en tu cuarto.

Elisa. (*Aparte.*) No me abandoneis, Dios mio! (*Leopoldo

acompaña á Elisa hasta la puerta de su cuarto, y entra en seguida en el despacho de Federico.)

Gabriel. (*Cogiendo el sombrero y aparte.*) Pues señor, vamos allá... Dios quiera que no se cumpla en mí aquel refran... "de la penitencia..." (*Vase por el foro. Don Fernando aguarda que todos se hayan marchado.*)

ESCENA VII.

FEDERICO. DON FERNANDO.

Fernando. Ah! temia no poderme contener por mas tiempo... esa muger era un enemigo demasiado débil, y me causaba lástima... pero con usted es otra cosa...

Federico. Qué quiere usted decir?

Fernando. Que es usted un miserable á quien miro con el mas alto desprecio...

Federico. (*Interrumpiéndole vivamente.*) Caballero, otro que usted pagaría con su vida esas palabras.

Fernando. La de usted es la que yo necesito. (*Movimiento de Federico. Don Fernando continúa.*) Oh! nada de ruido, nada de escándalo... es preciso que uno de los dos deje hoy mismo de existir, lo oye usted...? El que muera se llevará consigo el secreto del otro. Sígame usted, sígame usted al instante...

Federico. Pero es una demencia, don Fernando; escúcheme usted antes.

Fernando. Lo sé todo.

Federico. No, no sabe usted... yo puedo haber cometido una indiscrecion, una ligereza... pero ser culpable con usted... nunca...! y su muger...

Fernando. Silencio! no pronuncie usted su nombre.

Federico. Juro en nombre del cielo...

Fernando. (*Con voz ahogada por la cólera.*) Es una mentira infame... no estaba alli...? en su casa de usted? atrévase usted á negarlo.

Federico. Caballero... (*Aparte.*) Oh! qué decirle!

Fernando. (*Idem.*) No era su voz la que yo oí, no era ella la que se escapó apenas me vió salir? ella, á quien don Gabriel ha encontrado despues huyendo delante de mí... delante de su juez...? niéguelo usted.

Federico. Y qué importan todas esas apariencias, si...

Fernando. No fue á ella á quien nombró su muger de usted...? Pero niegue usted todas estas cosas.

Federico. Ah! no dé usted crédito á las insensatas palabras de una muger fuera de sí... (*Para sí.*) Oh! Matilde! Matilde!

Fernando. Y ahora, quiere usted que saque arrastrando aqui á su cómplice... y la obligue á confesar de rodillas su oprobio, y la infamia de usted.

Federico. Ah! ya es demasiado... tantos insultos apuraran mi paciencia... y si usted no cambia de lenguaje le exigiré yo tambien una satisfaccion.

Fernando. No deseo otra cosa.

Federico. Qué digo...? No, no, usted sabrá... (*Aparte.*) Descubrir un secreto confiado á mi honor...! oh! no... nunca!

Fernando. Pero qué aguardas, miserable... Sígueme... sino quieres que despues de llamarte traidor...! infame...!

Federico. Ah!

Fernando. (*Encarándose con él.*) Tenga derecho de decir que eres un vil, y un cobarde!

Federico. Basta: esas palabras piden sangre.

ESCENA VIII.

DICHOS. DON GABRIEL.

(*Sale precipitadamente con una caja de pistolas en la mano.*)

Gabriel. (*A Frderico.*) Don Federico... su esposa de usted sube por la escalera... Estaba yo en la puerta dando al criado una esquelita, y no muy amorosa por cierto, para el vizconde, á quien espero ya preparado con las pistolas de Leopoldo... cuando la he visto subir pálida y fuera de si!

Federico. Matilde!

Gabriel. Y como yo desde la escena de marras, la temo mas que á una bomba, me he escurrido hácia aqui.

Fernando (*dirigiéndose hácia el foro, y bajando en seguida.*) Ella es! silencio. (*A Federico.*) Dentro de un instante... (*Señalando á la ventana.*) En el jar-

din... las tapias dan fuera de las puertas... busque usted armas... un padrino... yo tengo el mio.

Federico. No faltaré. (*Dirigiéndose hácia el foro.*)

Gabriel. Calle! qué nueva ocurrencia es está? Otro desafio. (*Don Fernando se encamina hácia su despacho. Federico, que iba á marcharse por el foro, se detiene de repente, aprovecha la ocasion en que Aguilar está vuelto de espaldas, hace un ademan de resolucion, y entra precipitadamente en el cuarto de Elisa. Don Gabriel lo ha visto todo.*) Jesucristo! en el cuarto de la muger!

Fernando. (*Volviéndose, y dirigiéndose á él.*) Eh? qué es eso?

Gabriel Nada... nada... (*Aparte.*) Se coló... y delante del otro! A mí me va á dar algo! (*Déjase caer en un sillon de la derecha.*)

ESCENA IX.

DON FERNANDO. MATILDE. DON GABRIEL.

Matilde (*Saliendo desordenadamente.*) Federico...! mi marido...! dónde está? (*Reparando en don Fernando, que va á entrar en su despacho.*) Ah! don Fernando! (*Se precipita hácia él.*) Mi marido, caballero, dónde está? qué es de él?

Fernando. Señora... yo no sé...

Matilde. Sí, lo sabe usted... en el furor que brillaba esta mañana en sus ojos de usted, he conocido que no se separaba de él sino para buscarle despues... y al quedarnos solos, al marcharse... no sé lo que dijo... me habló de muerte... pero usted le ha vuelto á ver, no es verdad?

Fernando. No puedo contestar á usted, señora.

Matilde. Sí, le ha vuelto usted á ver... ha dado usted crédito á mis insensatas palabras... á las palabras de una loca... al nombre que pronuncié en medio de mi delirio... oh! hizo usted mal! yo no estaba en mi juicio... no sabia lo que me decia... No se batirán ustedes, no... Puede usted creer que si fuera cierto, hubiera ido yo misma á delatar á mi marido...? le he engañado á usted... he mentido...

Fernando. Ya no es tiempo, señora... usted ha clava-

do en mi corazon un dardo mortal... que ya no es facil arrancar de él... sus celos de usted han despertado los mios... Lo que usted dijo era la verdad...

Matilde. Gran Dios! no, no... su esposa de usted es tambien inocente... es digna de la estimacion de todo el mundo... no me cree usted...? Cree usted que si ella me hubiese arrebatado el cariño de mi marido diria yo esto?

Fernando. Lo que usted dijo era la verdad, y yo la doy gracias por ello.

Matilde. (*Cogiéndole de la mano.*) Oh! no... ya que usted quiera creerlo... perdónelos usted... haga usted como yo... y perdone.

Fernando. Perdonar...! me da usted compasion. (*Éntrase volviendo á cerrar la puerta.*)

Gabriel. Parece que esto se complica.

Matilde. Señor de Aguilar! (*Reparando en don Gabriel.*)

Gabriel. (*Aparte.*) Ah! Ahora me toca á mí... me va á hacer hablar si me quedo... (*Hace que se va.*)

Matilde. (*En tono de súplica.*) Don Gabriel... don Gabriel...! (*Se detiene.*) Cuando todo el mundo huye de mí, me abandona... me desamparará usted tambien...

Gabriel. (*Volviendo á ella.*) Señora... yo... (*Aparte.*) Si empieza á hacer pucheros, soy perdido.

Matilde. Conozco que he procedido mal con usted... y le pido que me perdone... (*Tendiéndole la mano.*) me guarda usted rencor todavía?

Gabriel. (*Enternecido.*) Ni por soñacion.

Matilde. Usted sabe dónde está mi marido?

Gabriel. Sí por cierto... (*Parándose repentinamente.*) quiero decir... no creo. (*Aparte.*) Volví á dar en el anzuelo.

Matilde. Oh! usted lo sabe... le amenaza algun riesgo.

Gabriel. Oh! lo que es en cuanto á eso puedo jurar á usted positivamente que no. (*Aparte.*) Mas bien será al otro.

Matilde. Es decir que no se han retado... que no debe batirse.

Gabriel. (*Con tono solemne.*) No conozco aqui mas que una persona á quien se haya insultado y que deba batirse...

Matilde. Dios eterno! y quién es?

Gabriel. (*Enseñando las pistolas y señalándose.*) El que está presente.

Matilde. Usted?

Gabriel. Sí, yo... ser sensible y vengativo... que no puedo soportar una afrenta ni los desdenes de una bella... Oh! no tengo maldito el apego á la vida...! Quede usted con Dios, señora... voy á morir de amor... y de un balazo que me pegará el vizconde del Roble... (*Matilde aplica el oido hácia el cuarto de Elisa.*) Si al menos contase con una lágrima de usted...

Matilde. Silencio! (*Escuchando.*)

Gabriel. (*Aparte.*) Parece que le ha hecho efecto... (*Alto.*) Si al menos contase con... (*No viéndola á su lado, se vuelve y la halla escuchando á la puerta de Elisa: se dirige hácia ella.*) una lágrima de...

Matilde. (*Escuchando siempre.*) No hay duda, es él... es su voz...

Gabriel. (*Aparte y retirándose hácia la derecha del proscenio.*) Él...! cayó en la cuenta... y si el marido viene, creerá que he sido yo... el que la he dicho... Pues señor, allá se las arreglen, yo me evado... yo... (*Marchándose precipitadamente.*) yo me evado!

Matilde. Ah! es él.

ESCENA XI.

MATILDE. ELISA.

Elisa. (*Presentándose en la puerta de la derecha y hablando dentro.*) Vaya usted, Federico, vaya usted... prefiero la muerte...

Matilde. Fernando!

Elisa. (*Viéndole.*) Cielos! (*Las dos se quedan en silencio durante algunos instantes.*)

Matilde. Mi marido...! está ahí en el cuarto de usted.

Elisa. En este instante acaba de salir de él... Ah! Señora, sus celos de usted van á hacer correr muchas lágrimas.

Matilde. Arránqueme usted la duda que está aqui...! dígame usted... pruébeme usted que no es culpable...!

Elisa. Y si del secreto que nos hubiese de reconciliar dependiesen mi honor, mi vida... la existencia de un desgraciado... el sosiego de mi marido...! y si á su casa de

usted solo hubiese ido movida de un sentimiento puro y sagrado?

Matilde. (*Con enojo.*) Eh! señora...

Elisa. Pues sépalo usted, ya que es preciso que mi espiacion sea completa...! entré en casa de Federico, que tan noble y generosamente se ha conducido, á participarle los temores de una madre desventurada, que se halla en este momento delante de usted y que no puede estrechar entre sus brazos á su hijo querido... cuyos dias se hallaban en peligro, y al cual su esposo de usted podia salvar... Le ha salvado, y por premio de un servicio que quisiera pagar con mi propia sangre... yo he introducido la discordia en su matrimonio... he hecho desgraciados á ustedes dos... ah! perdóneme usted, señora... soy una pobre madre, y he querido salvar á la vez mi secreto y... mi hijo, que iba á perecer...

Matilde. Su hijo de usted...! y quién es? qué misterio!

Elisa. Misterio horroroso en efecto! que mi familia ha tenido oculto á pesar mio como un crimen que podia deshonrarla y perderme... en el dia soy yo sola á espiarle... me hallo sola y trémula ante la cólera de un marido cuya venganza y sospechas ha llamado usted sobre mí.

Matilde. (*Dejándose caer de rodillas y llorando.*) Ah! yo soy la que debe pedir á usted perdon, señora, porque he sido funesta á todos los que me rodean... mi amor es un amor que mata... Oh! no me maldiga usted.

Elisa. (*Levantándola.*) Maldecir á usted! yo...! cuando Federico me ha vuelto mi hijo, y en este momento tal vez arrostra por mi causa la cólera de Fernando.

Matilde. Qué dice usted?

Elisa. Oh! yo le he relevado de sus juramentos, de su palabra... he querido cargar sola con el odio y la venganza de mi marido... pero creerá él la confianza que van á hacerle, se dejará desarmar.

Matilde. Oh! corro á aplacarle: dónde estan?

Elisa. No sé... cerca de aqui creo que debian reunirse... Fernando, en medio de su ciego delirio, queria batirse.

Matilde. Oh! venga usted, señora, venga! y si aun duda todavía... si... (*Óyese á este tiempo un tiro; las dos se quedan paradas, y se aprietan en silencio la mano convulsivamente; óyese un segundo tiro.*)

Elisa. Dios eterno!

Matilde. (*Desfalleciendo y dejándose caer en un sillon de la izquierda.*) Federico!

Elisa. Ah! corramos!

ESCENA XII.

DICHOS. FEDERICO, *por el foro.*

Elisa. (*A Federico.*) Cielos...! y... y mi marido?

Federico. Todo lo sabe, señora: usted lo ha querido asi, y en este momento Leopoldo, que le ha salido al encuentro...

Elisa. Al encuentro! y esos tiros, ese desafio?

Federico. Ignoro la causa; no hemos sido nosotros... Ah! ya estan aqui... (*Reparando en su muger.*) Matilde...! Matilde...! (*Acude á socorrerla.*)

Elisa. Cielos! (*Elisa hace un movimiento hácia el foro y retrocede al ver á su marido.*)

ESCENA XIII.

DICHOS. FERNANDO. LEOPOLDO. *Despues* DON GABRIEL.

Leopoldo. Adónde me lleva usted, señor de Aguilar? esa agitacion...

Fernando. Venga usted, venga usted... (*Repara en Elisa, se detiene, baja hasta donde ella está, y la dice en voz baja.*) Señora, todo lo sé.

Elisa. Ah! no por mí... imploro perdon por mi hijo.

Fernando. Perdon... y de qué...? de lo pasado antes de conocerme... de la infamia de un vil seductor... ah! si viviese ahora... En el dia mi venganza no puede alcanzar mas que á dos desgraciados... y mi venganza es esta. (*Volviéndose hácia Leopoldo.*) Leopoldo, abrace usted á su madre!

Leopoldo. Yo! es cierto lo que he oido?

Elisa. (*Estrechando la mano á Fernando é inclinándose.*) Ah! señor, mi vida entera, la de mi hijo... (*Abriendo los brazos á Leopoldo.*) Hijo mio! (*Matilde, reanimada por los cuidados de su marido, empieza á volver en si.— Federico se acerca á Fernando, y le da la mano.*)

Leopoldo. Madre mia!

Federico. Es una noble accion!

Matilde. (*Volviendo en sí.*) Muerto! cuál, Dios mio? (*Ve á Leopoldo en los brazos de Elisa, y á Federico y Fernando dándose la mano.*) Ah! qué veo...? esos tiros... esa esplosion... oh! no, no. (*Levántase, se coloca en medio de ellos, los mira, los toca sin poder respirar apenas.*)

Gabriel. (*Que sale riendo con el brazo en cabestrillo, y viene á colocarse á la izquierda.*) Ja! ja! ja! ja! me ha atravesado un brazo... fortuna que no me ha roto el hueso... Maldita estrella mia...! Si lo decia yo... pero no importa... de todos modos le he dado una buena leccion...

Federico. (*Estrechando la mano á Matilde.*) Lo oyes? una leccion...

Matilde. (*Dando un grito y arrojándose en sus brazos.*) Ah! no se me olvidará. (*Don Fernando da la mano á su muger, y don Gabriel al verlos se queda atónito.*)

FIN DE LA COMEDIA.